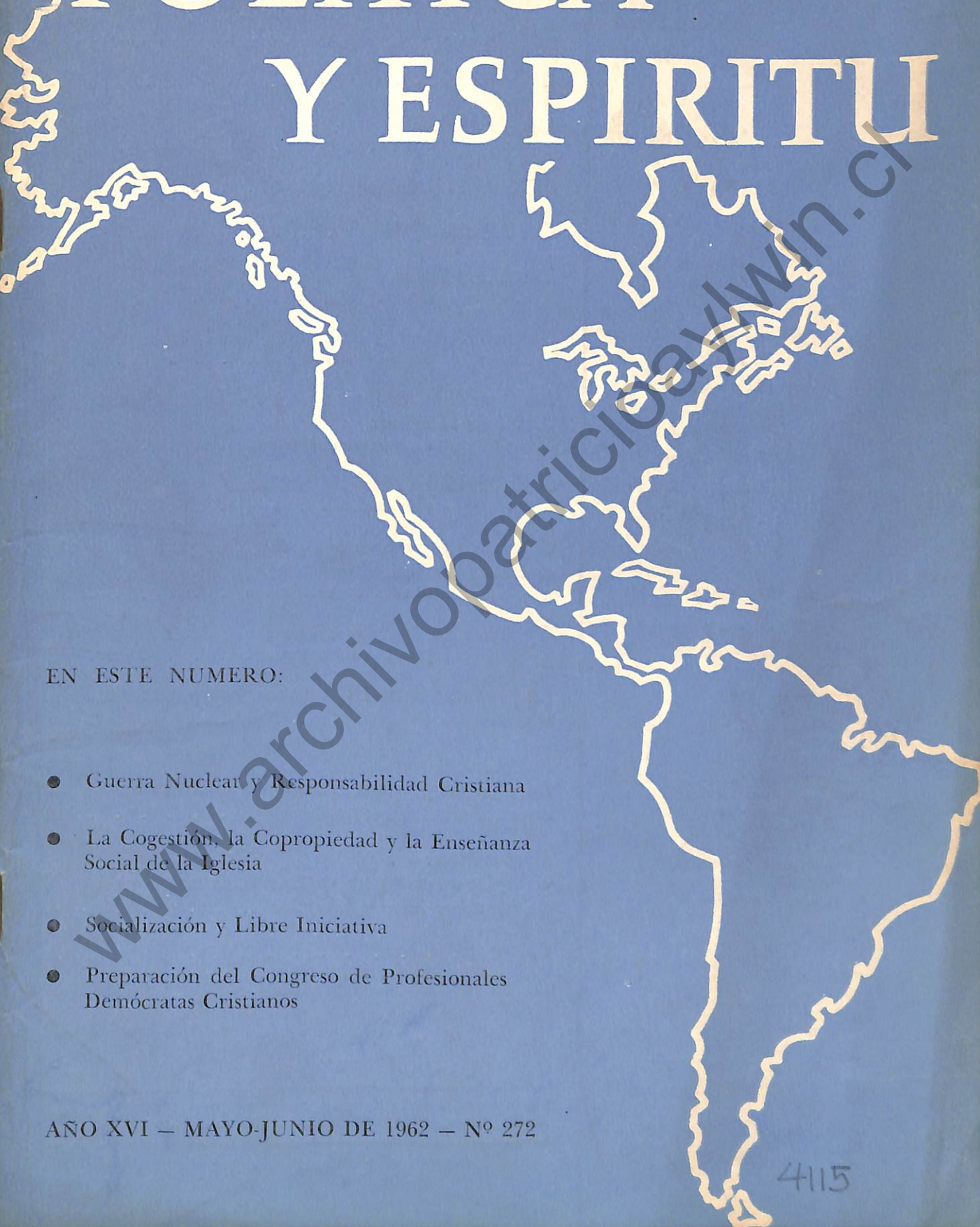


R27-1

POLITICA Y ESPIRITU



EN ESTE NUMERO:

- Guerra Nuclear y Responsabilidad Cristiana
- La Cogestión, la Copropiedad y la Enseñanza Social de la Iglesia
- Socialización y Libre Iniciativa
- Preparación del Congreso de Profesionales Demócratas Cristianos

AÑO XVI — MAYO-JUNIO DE 1962 — N° 272

4115

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO XVI

Nº 272

Mayo - Junio 1962

•

REDACCIÓN

ALONSO OVALLE 766

•

DIRECCIÓN
Y
ADMINISTRACIÓN

AHUMADA 57
SANTIAGO



SUSCRIPCIÓN AEREA POR 12
NUMEROS

Alemania, Austria, Bélgica, Congo Belga, Francia, Inglaterra, Italia, Suecia, Suiza y Yugoslavia	US\$ 13.50
Brasil	US\$ 5.50
Argentina, Perú y Bolivia	US\$ 5.
Canadá y España	US\$ 11.
Colombia, Ecuador y Panamá	US\$ 7.
Costa Rica, Puerto Rico, República Dominicana y Venezuela	US\$ 8.
Cuba, México y Estados Unidos	US\$ 9.
Paraguay y Uruguay	US\$ 5.
Chile	E\$ 5.



SUSCRIPCIÓN POR CORREO
ORDINARIO

Chile	E\$ 4,5
Extranjero	US\$ 5

<i>Editorial</i>	1
<i>Chile</i>	2
<i>Las Américas</i>	
Carlos Naudón	6
<i>El Resto del Mundo</i>	8
<i>Este Mundo de Hoy</i>	10
<i>Trinchera Política</i>	
Leo	13
<i>Guerra Nuclear y Responsabilidad Cristiana</i>	
Thomas Merton	18
<i>La Cogestión, la Copropiedad y la Enseñanza Social de la Iglesia</i>	
Dr. Wilhelm Dreier	24
<i>Socialización y Libre iniciativa</i>	
José Aumente	30
<i>Argentina fojas cero o un Bogotazo para consumo de radicales</i>	
Ricardo Gregorio Parera	33
<i>Opciones de la Democracia de mañana</i>	
Jean Marie Domenach	35
<i>La preparación del Congreso de profesionales Demócratas Cristianos</i>	36
<i>Polémica:</i>	
<i>La idea de persona Humana y la lucha de clases. Puntualización final</i>	42
<i>Documentos:</i>	
<i>Uruguay necesita urgentemente la renovación de hombres ideas y métodos</i>	45
<i>Libros</i>	47

Los artículos firmados no representan necesariamente la opinión de la Revista. Se permite su reproducción citando su origen.

DEBATES A NIVEL NACIONAL

Parece llegada la hora de los grandes debates a nivel de la nación entera.

No puede suceder en la próxima oportunidad lo que, en cierto modo, ha sucedido en casos anteriores. Es decir, el hecho de que las grandes oportunidades históricas que se ofrecen al país son desaprovechadas por una masa electoral inconsciente de sus propios intereses. En 1958, el país se decidió entre dos tendencias opuestas: la Derecha tradicional y la Izquierda socialista-comunista. Hemos visto el proceso de esta situación. Hoy por hoy, hace falta revisar todo lo hecho, por cuanto; sin duda alguna, estamos todavía muy por debajo de lo que es necesario hacer. A pesar de ello, los grupos que usan del Poder parecen querer mantenerse allí y, con ese objeto, se limitan a formar desde ahora bloques consolidados. La idea de democracia sirve de base a sus pretensiones, sin reparar en que si ello es necesario, sólo puede ocurrir por la circunstancia de que no han sido capaces de tornar más eficiente su propia labor.

Por otra parte, las fuerzas de extrema izquierda, socialistas y comunistas, solicitan a la opinión pública bajo el pretexto de, por fin, instalar un Gobierno del pueblo en la Moneda.

Vemos, pues, que hay dos ideas fuerza en marcha: la "democracia" y el "pueblo". Por desgracia, ambas se contradicen de tal modo que los ciudadanos deberán elegir entre una y otra. ¿Se puede llegar a las elecciones de 1964 sobre la base de

una tan amplia confusión? Creemos que ello no puede ser. Nos parece que ha llegado el momento de proceder a una vasta obra de discusión nacional. La opinión pública debe saber resolver estos problemas más allá de los límites de las respectivas propágandas. Hay que iniciar debates múltiples y rigurosos, de modo tal que el pueblo entre a juzgar con conocimiento de causa.

No se trata aquí de hacer prevalecer el criterio demócratacristiano al respecto. Por el contrario, sugerimos que la Democracia Cristiana obligue a las demás colectividades a definirse frente a lo que dicen y lo que pueden hacer. Esta confrontación a alto nivel permitirá al menos que las autoridades partidarias se vean en la necesidad de responder, en vez de limitarse a enjuiciar a los demás. Los foros que caracterizaron las últimas elecciones presidenciales y parlamentarias deben ser elevados. Los propios partidos han de exponer sus opiniones, en multilateral correspondencia. Sólo así se logrará una formación adecuada de fuerzas políticas convergentes o se hará lo posible por evitar bloques de oportunistas que sólo buscan ganar las elecciones, sin importar con quien ni cómo.

La idea de estos debates, iniciada por alguna fuerza política, la Democracia Cristiana, por ejemplo, importa, a nuestro juicio, una necesidad histórica. Y el curso de los hechos mostrará que sin ellos, el peso de la inercia social y política trabajará otra vez contra Chile.

● ESTAMOS en la euforia del VII Campeonato Mundial de Fútbol, en disputa de la Copa Jules Rimet, venerado dirigente deportivo francés que creó el trofeo, y que ganará para sí el que tres veces haga suyo uno de esos campeonatos. Todo lo que se respira es fútbol: el comentario radial, el mayor volumen informativo de la prensa, las vitrinas más llamativas de nuestro comercio de Santiago, Valparaíso, Viña del Mar, Rancagua y Arica. Los diarios de todo el mundo, de aquí y de allá del muro que divide la democracia impuesta por un punado pequeño de hombres y la que se forma por la opinión de muchos y que se exprime en las urnas electorales, hablan de esas cuatro ciudades de nombres que para unos son exóticos (¿qué pensarán los rusos y los coreanos, por ejemplo, del nombre Rancagua?) y que para otros son nombres comunes (como es Santiago para los españoles).

Chile está viviendo la mejor página publicitaria de su historia de ciento cincuenta años libres. Todo el mundo habla de sus cuatro ciudades escogidas, de las costumbres de sus gentes, de los defectos de muchos hombres nuestros, de los rincones atractivos y de las bellezas de las mujeres y de la fealdad de los delincuentes que nunca faltan. También habla de los cientos de miles de chilenos que tienen una alta corrección deportiva, que aplauden al que trabaja bien en su faena y que ovacionan

al mejor vencedor, sin olvidarse de dar su corazón a sus hermanos de suelo y de destino.

Todo eso lo está viviendo Chile entero y gran parte de América que llena un tercio de sus diarios con noticias y comentarios salidos de nuestra patria. Diarios enteros, los deportivos naturalmente, que circulan por millones de ejemplares diarios, llevarán la inquietud de ayer al público de hoy. En suma: una vivencia plena de Chile en centenares de millones de hombres, de decenas de lenguas y de una variedad de razas.

Todo eso lo pensó, lo concibió, lo ideó, lo peleó, lo logró, lo armó, lo hizo realidad y lo dejó listo un gran chileno. Un gran hombre de corazón valiente, cuya generosidad de sentimientos y cuyo sentido de entrega total a una idea, lo hizo caer en el camino. Un hombre, pequeño como todos nosotros ante la inmensidad del mundo y la grandeza de Dios, tuvo un corazón que de verdad no cupo en su pecho y se rompió, dejándonos con amargo sabor de transitorio desaliento.

Ese fue Carlos Dittborn Pinto.

Su nombre está siendo repetido en tantos idiomas y tantos centenares de millones de personas en estos días del VII Mundial de Fútbol por la Copa Jules Rimet. Por eso habrá estadios, calles, plazas, pequeños monolitos que recuerden al hombre a quien Dios dió un físico robusto y un alma generosa,

pero que él dotó de ese corazón que nos hace ahora a los chilenos ser protagonistas de una jornada que sólo a él debió pertenecer en propiedad.

● PRESIDENCIA

Pero el mundo chileno hizo el paréntesis necesario, dentro del volumen y ponderación suficientes que requirió el desaparecimiento de Carlos Dittborn, y luego siguió el ritmo de acción que "la cosa pública", como dicen los doctos constitucionalistas, adquiere en el mes de mayo.

A principios del mes, el Presidente Alessandri llamó a su despacho a tres directores de los diarios más afectos al Gobierno y a un antiguo redactor de un cuarto, que es servidor leal e incondicional del Jefe del Estado. A los cuatro periodistas, todos respetables profesionales aunque de criterios diversos entre sí, les dijo que se estimaba un gobernante algo huérfano. Los partidos políticos que lo acompañan en su gestión gubernativa, gobiernan para sus colectividades; los parlamentarios de los partidos de gobierno, suelen tener ideas propias y desbaratan las iniciativas en que mayor interés tiene el Ejecutivo; falta una acción estrechamente coordinada, dinámica y sistemática; falta un plan de acción que tenga cabeza, cuerpo y extremidades.

Días después, dijo, según se informó, que estaba desencantado de muchos de sus

amigos que quisieron "ayudarlo a gobernar". Parecía decir "no me ayuden tanto compadres" y tener en la mente a Roberto Vergara y Hugo Rosende, ambos ausentes de La Moneda por causas diversas.

Y llegó el día tradicional del 21 de Mayo. El Presidente inauguró las sesiones ordinarias del Congreso con un discurso, no demasiado largo, pero sí, sumamente "sacador de pica". Junto con exponer la obra realizada, y dar datos en apoyo, se dedicó a reflexionar, como lo ha hecho otros años, sobre el sistema político nacional y, especialmente, sobre la forma como cumplen sus funciones los congresales y las facultades de que disponen ambos poderes públicos. La tesis del Presidente es, la misma de todos los Presidentes: el Ejecutivo se encuentra prácticamente amarrado. Sus iniciativas pueden ser saboteadas desde el Congreso u obstaculizadas por algunos organismos. Los parlamentarios, dedicados a su labor de oposición y ligados a los gremios periodísticos, muestran negligencia o irresponsabilidad cívicas en muchos asuntos, especialmente cuando se trata de solicitar aumentos de sueldos o proponer medidas sin financiamiento adecuado. La respuesta de los opositores es siempre la misma: en Chile, el Poder Ejecutivo es un poder omnipotente; su falta de eficacia corre de su propia cuenta y no puede echarla sobre los hombros del Congreso o de la oposición.

El problema no es simple y, a nuestro juicio, estaría mal mirarlo sólo desde puntos de vista del momento o por intereses de oficialismo u oposición. En Chile, el Ejecutivo tiene mucho influjo y ello depende, en gran

parte, de su capacidad para organizar y controlar una tarea de envergadura nacional. Ningún otro poder es capaz de detener a un Ejecutivo que realiza impetuosamente las tareas exigidas por las necesidades nacionales. La opinión pública, media y popular, respaldaría con fuerza una tal empresa, y no habría Congreso capaz de oponerse ni crítica que pudiera demoler a los dirigentes. Pero, un Ejecutivo que no irradia el grado suficiente de confianza, de vigor, de competencia y de sentido de la marcha se encuentra, a poco andar, con dificultades que surgen de todas partes. Es lo que, en gran parte, sucede al Presidente Alessandri.

Por otra parte, el sistema político y administrativo chileno es una mezcla de omnipotencia presidencial y de esterilización general. Es seguro que si triunfara el Frente de Acción Popular en las futuras elecciones, no dejaría vigente la actual estructura. Ellos son los que con menos autoridad pueden hablar de omnipotencia del Ejecutivo: en verdad, nunca han gobernado sino absorbiendo en el Ejecutivo todos los poderes del Estado y acallando la crítica, hecho que vale especialmente para el Partido Comunista. Pero, además, el Partido Demócrata Cristiano se encuentra también estudiando la posibilidad de introducir reformas constitucionales que despejen el camino de la labor del Ejecutivo, no para dar más poder propiamente tal, sino para suministrar una mayor facilidad en su acción.

En consecuencia, todo esto debe ser mirado a la luz de un problema nacional, político y administrativo, y no sólo como mera defensa o ataque contra un Presidente.

● RELACIONES

El Ministerio se anotó un tanto a su favor, con el fallo dado por la OEA, sobre el caso promovido por Bolivia, en torno al Lauca. No fue sin duda un resultado ciento por ciento favorable, pero nadie ignora que de hecho, Bolivia, para lograr una posición favorable, tenía que obtener la declaración de ser Chile país agresor. Esto no fue así. Y por ahora basta, por mucho que queden ambigüedades por resolver más tarde.

Los radicales —pasando a otra cosa— están patrocinando un proyecto para establecer relaciones diplomáticas con todos los países del mundo, o al menos con aquellos con los cuales sea posible, de acuerdo con el Presupuesto. Dirigentes de esa colectividad señalaron dos hechos: hay 103 países libres que son consocios en la Organización de las Naciones Unidas, de los cuales sólo 44 tienen relaciones con Chile. Por cierto, la idea de los radicales no consiste en establecer relaciones, de un porrazo, con todos, pero sus intenciones van más allá que las del Presidente de la República. Este prefiere limitarse sólo a Moscú, y acaso Varsovia. Y punto aparte.

● ECONOMIA

Con paso distinto han caminado Economía-Reconstrucción y Fomento y Hacienda. Falta la coordinación necesaria y la opinión pública lo advierte, sin necesidad que se lo indiquen con demasiados ejemplos. El erario fiscal carece de fondos para enfrentar las emergencias mínimas y es incapaz de planear políticas nuevas de remuneraciones o de realizaciones, porque carece de los fondos adecuados ya

que la más ineficaz política de control de las rentas hace posible que los más acaudalados paguen muchísimo menos que un empleado que mensualmente percibe cien o ciento cincuenta escudos.

La caja fiscal carece de divisas y el Presidente dijo en su Mensaje al Parlamento que los préstamos y donaciones venidas del exterior habían sido, hasta abril último, bastante exiguos. Los préstamos de países y fuentes internacionales de financiamiento, han sido convenidos; Luis Escobar y Orlando Sandoval, en gesto extremo, han debido viajar a Estados Unidos a apurar las tramitaciones, porque algo hay que hacer frente al tiempo que vendrá.

En materia crediticia hay una falta clara de orientación, derivada de la acefalía en que está desde hace cinco meses el Banco Central de Chile. Otro tanto ocurre en política económica externa, ya que el Comité Ejecutivo del Banco Central no ha podido tomar resoluciones que signifiquen determinación de pauta de una política definida, porque el presidente-interino no puede adoptar temperamentos definitivos, ya que siempre se espera al que vendrá. Entretanto, los tres partidos de gobierno tiran y aflojan en la búsqueda de un hombre para ese cargo, ofreciendo un lastimoso espectáculo político-moral al país, pues se hace primar el concepto de "pegas repartibles" al de "actuación pública coordinada".

El Plan Decenal de la CORFO, en cuya preparación se invirtieron varios años y la capacidad de decenas de técnicos, ha resultado un producto de propaganda en el exterior. Chile pasa por ser uno de los escasos países que tiene un futuro definido

en materia económica, pero ese futuro se aplica dentro del país, en exclusivo y vital beneficio de las empresas privadas para que, del chorro que su esplendor pueda producir, se mejore la condición del trabajador y el estado general del país, siguiendo la fórmula típica del capitalismo en los países de economías desarrolladas.

El colapso de dólares ocurrido en diciembre, no fue nunca aclarado, porque no tenía aclaración posible. El plan de previsión para el futuro, en materia de divisas, es desconocido, como todas las cosas de este gobierno que se elaboran y se mantienen en gran reserva y solo son conocida a la hora en que los hechos están consumados.

● POLITICA

Los conservadores se reunieron con el pretexto de festejar a su jefe, Francisco Bulnes, pero con el deseo profundo de afianzar sus posiciones. Es necesario decirlo: Bulnes está tratando de realizar a fondo una tarea que él debe mirar como salvadora y que se parece mucho a lo que intentara hacer, en 1958, el difunto senador Raúl Marín Balmaceda. La idea aparente es salvar la democracia; el odio estimulador es la Democracia Cristiana y el hecho concreto, la subsistencia de la derecha en el poder político y económico. Para llevar ese fin hasta sus últimas consecuencias, Francisco Bulnes está tratando de forjar el bloque sugerido por el Presidente de la República, en su mensaje del 21 de mayo. La Alianza radical-liberal-conservadora, para vencer al comunismo y aislar a la Democracia Cristiana, se convierte en una necesidad angustiosa, tan aparentemente lógica como real-

mente transitoria fue la de Raúl Marín. La derecha se unirá una vez más... para perder mejor más tarde. Los conservadores se subordinarán a los radicales que no harán otra cosa que olvidarlos a su debido tiempo. Pero... esto es si el pacto se logra. Nadie ignora en el país, los problemas internos del bloque oficialista. Que hasta ahora no se haya estructurado bien es algo que tiene sus causas, y ellas no habrán de desaparecer así no más.

** Los liberales están tranquilos. Ellos esperan que el tiempo pase y que los hechos ocurran, para enfrentarlos tranquila y pausadamente, un poco quizá con la filosofía de don Ramón Barros Luco: "... los problemas políticos y de gobierno son de dos clases. Hay unos que se arreglan solos y los que no se arreglan solos, es porque no tienen arreglo posible..." Pero pese a esa posición aparentemente cómoda, dentro de sus filas se desarrolla hondo debate porque al liberalismo tendrá que corresponderle una actitud clara y definida de presente y de futuro. Ellos no creen en el Frente Democrático Antimarxista creado por Francisco Bulnes para apoyar la postulación presidencial de Julio Durán Neumann, pero se encuentran forzados a aprobarlo, a hacerlo suyo, a bendecirlo aunque no tengan ganas de hacerlo. Es su sino. Pero buscan nuevas fórmulas y entre los debatientes están, precisamente, los elementos jóvenes, tanto de los mayores, como de los jóvenes propiamente tales: no se trata de actitudes rebeldes, sino de posiciones diferentes, nuevas, dentro de la propia colectividad y que pueden ser oídas cada martes que hay Junta Ejecutiva.

** Los radicales están felices

con su unidad monolítica alcanzada en la Asamblea Nacional del partido, especie de Convención Chica que sirvió para pasar una apianadora por encima de los guatemaltecos, o radicales opositores a la mayoría del CEN. Pero hubo voces audaces, valientes, auténticas con su pensamiento íntimo: una de ellas fue la de la diputada santiaguina Ana Eugenia Ugalde que, para usar expresiones callejeras gráficas, "no se chupó" frente a una mayoría que pifió, pero que al final tuvo que oírla con respeto. ¿Es efectiva la unidad radical? Sí y no. Todo depende del momento en que se mire. Entre los dirigentes de mayoría, no cabe duda que hay unidad; pero entre las asambleas, entre los treinta y tantos mil militantes activos que pagan sus cuotas y votan con el Partido, hay un principio de distensión que sólo puede apreciarse en elecciones generales. Esperemos a las elecciones municipales para ver hasta donde llega esa unidad monolítica radical, alrededor del Gobierno. Y mientras el tiempo pasa, ellos son objeto de todo tipo de bromas políticas y de pullas, algunas de evidente mal gusto; pero es el precio que tienen que pagar por ser mayoritarios dentro de la política y del Gobierno.

** El Frente de Acción Popular, FRAP., se encuentra en plena actividad electoral. Está elaborando sus cuadros para las elecciones municipales del domingo 7 de marzo de este otro año y dando fuerza al robustecimiento interno de la combinación de partidos, que está algo resentida por dos causas: 1º) porque el Partido Comunista está corriendo con sus propios colores y no quiere batallas opositoras al régimen de Alessandri, bajo nin-

gún respecto; tanto, que frustró las reuniones de la Oposición en que se debía analizar el Mensaje del Jefe del Estado al Congreso Nacional y 2º) porque el Partido Democrático Nacional está sufriendo algunos sacudimientos internos, derivados de la creación de un partido nuevo con su mismo nombre y porque aún no se consolida totalmente, la unidad entre los que quisieran otro alero que no fuera de color marxista y de tinte tan pronunciadamente estatista, como es el FRAP.

** El Partido Demócrata Cristiano ha celebrado en Curicó, un Congreso de Maestros que resultó de extraordinario interés profesional, más que político, porque los congresistas se dedicaron a analizar los puntos débiles de la endeble enseñanza secundaria y las bases del fra-

caso de la educación primaria. Los jóvenes del Partido hicieron suya la Federación de Estudiantes Secundarios, luego de varios años de supremacía radical. Dentro de unos meses, se efectuará en Santiago el Congreso Nacional de Profesionales del PDC y de independientes; un almuerzo en el Hotel Crillón sirvió para dar la pauta a la labor profesional, en el campo de las definiciones políticas e ideológicas.

** Dos grupos políticos de importancia están elaborando ahora el Plan Sexenal de Gobierno 1964-1970: el Partido Demócrata Cristiano y el FRAP. El grupo, de casi un centenar de profesionales del primero, está encabezado por el ingeniero Alvaro Marfán Jaramillo, y el segundo, por el abogado y ex Contralor General Humberto Mewes.

IMPRESA DEL PACIFICO

Alonso Ovalle 766

Santiago de Chile



Está a sus órdenes
para la impresión de:

LIBROS, REVISTAS, FOLLETOS,
y todos
los trabajos del ramo, en general.

Esmero y prontitud en la confección de **BALANCES**,

MEMORIAS y FORMULARIOS de toda clase.

TRABAJOS RAPIDOS Y A PRECIOS CONVENIENTES

¡Entréguenos sus trabajos de imprenta
y se hará nuestro cliente!

● UN TALON DE AQUILES: LAS EXPORTACIONES LATINOAMERICANAS

Hay un problema que es fundamental para los pueblos de América Latina y sobre el cual hemos vuelto muchas veces en estos comentarios: el precio de nuestras materias primas, siempre oscilante, pero con tendencia a la baja (salvo breves períodos de bonanza) desde 1876, mientras los bienes manufacturados que adquirimos en los países industrializados, mantienen sus precios estables con tendencia a subir. El nuestro es así, un mundo al parecer condenado a vender barato y a comprar caro.

Este fenómeno ha hecho hasta ahora imposible, no sólo colmar la brecha existente entre los países ricos y los pobres, sino (lo que es más grave todavía) ha acentuado este desnivel.

Ha sido el Anuario de Estadísticas de Comercio Internacional de las Naciones Unidas, correspondiente a 1960, el que ahora se ha encargado de poner ello en evidencia, al informarnos, con el áspero realismo de las cifras, que entre 1938 y 1960 las exportaciones mundiales ascendieron de US. 23.500 millones a US. 127.200 millones y, que de este impresionante total, el mundo desarrollado tomaba para sí nada menos que el 67 por ciento, mientras que antes de la guerra, el 65 por ciento, de tal modo que el 25 por ciento que antes correspondía a las naciones proletarias se redujo al 23 por ciento.

Por su parte, la FAO en un

informe del 3 de mayo último, advirtió que habrán excedentes de trigo, forraje, café, cacao y azúcar para 1970 si persisten las actuales tendencias de la producción agrícola mundial, aunque seguirán "el hambre y la desnutrición debido, en gran parte, a la disparidad entre los países de altos y bajos ingresos", lo cual demuestra una vez más que la monoproducción de materias primas no es en el mundo de hoy, elemento dinámico para el crecimiento económico de las naciones pobres.

En su Tercera Asamblea de Gobernadores, verificada a fines de abril en Buenos Aires, el Banco Interamericano de Desarrollo acordó, a proposición de Brasil, un estudio sobre el financiamiento de nuestras exportaciones, reconociendo la "urgente necesidad de elaborar sistemas adecuados para financiar las exportaciones latinoamericanas", idea repetida más tarde por el asesor presidencial Mr. Goodwin, en un discurso que sobre el desarrollo latinoamericano pronunció en Nueva Orleans el reciente 11 de mayo.

Pero entre tanto se hacen estos complejos estudios (que tienen ya una larga data en la historia del Panamericanismo), nuestros países siguen sufriendo sus efectos, sin que las naciones ricas —EE. UU. la principal de ellas— parezcan darse cuenta de la hondura del mal ni tomen medida concreta alguna. Así, en un informe del Banco Central de Costa Rica entregado al recientemente

elegido Presidente, Francisco Orlich, se establece como una de las causas principales de la declinación económica del país, una de cuyas expresiones es un déficit presupuestario de US. 22,6 millones, la caída, desde 1956, de los precios de los principales productos de exportación: café, cacao y bananos. Por su parte, Bolivia está seriamente preocupada por la caída de los precios mundiales del estaño, que se teme se acentúe si rápidamente se aprueba (y todo parece así indicarlo según declaraciones de Manuel Barrau, embajador en Londres) en el Congreso de EE. UU. la ley que autoriza la liquidación de las existencias oficiales de estaño.

● TRES NUEVOS PRESIDENTES

En Costa Rica, El Salvador y Colombia hay nuevos Presidentes. El modo como han sido elegidos, es revelador de los diversos niveles de cultura democrática que existen en América nuestra.

En el primero, triunfó el candidato de la oposición, apoyado por el progresista ex Presidente José Figueres, sufragando alrededor de 400 mil electores en una población de más o menos 1 millón de personas. El triunfador, Sr. Francisco Orlich, acumuló más de 55 mil votos de ventaja sobre su más próximo adversario, Rafael Calderón Guardia, ex Presidente de la República apoyado por los medios oficiales y vo-

tó el 80 por ciento del total de los electores.

Orlich continuará la política progresista de Figueres, orientada hacia una planificación de la economía y nacionalización de los recursos naturales del país. Su triunfo significa un rudo golpe para la dictadura de Somoza en Nicaragua, de la que Orlich y Figueres son irreconciliables enemigos.

El Salvador es la más pequeña de las repúblicas centroamericanas y tiene en común con casi todas ellas, una revuelta histórica política. Desde 1931 hasta 1944 el rey sin corona fué el general Martínez. Su sucesor, el general Castañeda, cayó en 1948 y en 1950 se hizo elegir Presidente el general Osorio. En octubre de 1960, el coronel José M. Lemus fue derrocado por una Junta Militar-Civil de seis miembros, la cual a su vez fue destituida en enero de 1961 por un Directorio Cívico-Militar.

De este Directorio surgió el coronel Julio Rivera, quien sin oponente, porque todos los partidos de oposición, de derechistas a izquierdistas se negaron a presentar candidato, fué elegido Presidente en unas "tranquilas elecciones", en las cuales prometió grandes reformas basadas en la Alianza para el Progreso.

Finalmente, como era de esperarse, en Colombia ganó el Conservador Guillermo León Valencia, ya que de acuerdo a la Constitución le correspondía ahora la Presidencia a un conservador, según el sistema de alternarse en el poder, representantes de los partidos de la coalición liberal-conservadora.

De acuerdo a la ley fundamental, los electores sólo podían votar por uno de los dos candidatos conservadores: Valencia o Leyva, so pena de

anularse cualquier voto para otro candidato, lo cual explica la falta de interés en la elección (hubo un alto índice de abstención) y su relativa tranquilidad.

Este sistema —ideado para pacificar políticamente al país— está lejos de ser democrático, ya que impide la expresión de toda otra idea que no sea la liberal o la conservadora y cabe recordar que según el escritor colombiano Germán Arciniegas, liberales y conservadores sólo difieren en la hora en que van a misa . . .

● SUMA Y SIGUE

La crisis argentina ha seguido su marcha ineluctable. En lo económico, el ministro Alsogaray —la aplicación de cuyas ideas reaccionarias tiene mucho que ver en la actual tensión— ha señalado la gravedad de su hondura expresando que 60 mil obreros fueron despedidos de la industria metalúrgica y 32 mil de la de tejidos, mientras los empleados públicos no podrán cobrar sus sueldos hasta por lo menos dos meses más. El Sindicato de Trabajadores Mecánicos calculó que unos 250 mil obreros quedarán cesantes al cerrarse las fábricas de automóviles. En lo político, su acentuación está expresada en los decretos que disponen el receso de ambas ramas del Congreso, la caducidad de todas las autoridades nacionales, provinciales y municipales de todos los partidos políticos, hasta que se introduzcan en el estatuto de éstos ciertas reformas y la postergación hasta diversas fechas de 1963, de elecciones políticas.

Estas medidas, que en verdad liquidan los últimos restos de la fachada democrática argentina, se han toma-

do, según el Gobierno, "bajo la presión de la necesidad de Estado", que parece semejar mucho a la "razón de Estado" con que explicaban los reyes absolutos sus arbitrariedades.

Entre tanto, en Venezuela, el Presidente Rómulo Betancourt ha logrado superar una nueva asonada; pero sigue su gobierno cogido por las tenazas de los extremismos de derecha e izquierda y en Ecuador, el Presidente Arosamena continúa bajando por la pendiente que parece llevarlo directamente a una estrecha colaboración con los reaccionarios. En efecto, una nueva crisis de gabinete, ocurrida al reciente 20 de mayo, fue resuelta con la designación del conservador Miguel Varela, que se ha puesto a la cabeza de un gabinete de centro-derecha.

● LAS INDECISIONES DE LA OEA

Como se sabe, la OEA es un organismo muy respetable y muy importante. Detallados tratados le dieron vida y cardinales funciones, nada menos, por ejemplo, que velar por la paz de América y por la pacífica solución de sus conflictos.

Lo malo ha estado en que no ha sido un espíritu ejecutivo el que ha animado sus miembros, sino el caviloso ánimo de Hamlet. Siempre la hemos visto irresoluta y en el famoso caso del Lauca no ha hecho excepción.

Era justo que Bolivia y Chile desearan un pronto pronunciamiento sobre este asunto, que ha envenenado las relaciones de dos pueblos hermanos en instantes en que más se necesita la unidad latinoamericana. Pero la OEA le dió largas al nego-

(Continúa en la pág. 17)

● ARGELIA: LA LUCHA FINAL

A 4.600 se elevaba la cantidad de muertos en Argelia desde el Primero de enero hasta mediados de mayo. Un cálculo rápido da una proporción de 30 personas por día. En su desoladora mayoría, musulmanes muertos por la Organización del Ejército Secreto, la que buscaba así, por lo menos en un principio, exaltar a los argelinos para lanzarlos nuevamente a la lucha, desconociendo los acuerdos de Evian-Bains.

Sin embargo, la extraordinaria serenidad musulmana, por una parte, y la captura de los principales jefes de la OES, por otra, parecía derrotar definitivamente el intento extremista. Hubo observadores que señalaron que, en la alternativa, era posible que numerosos grupos de la OES se dedicaran a la "destrucción final", sin importarles ni siquiera la muerte con tal de no abandonar Argelia. "Al lema *Argelia francesa*, parece haberle sucedido el de *Argelia destruida*", se comentó.

En todo caso, el Ejecutivo Provisional ha respondido reforzando sus tropas con varios miles de hombres. Simultáneamente, el Alto Comisionado, Cristian Fouchet, anunció que el Referéndum final sobre la situación de Argelia se iba a realizar en junio o julio "de todas maneras".

● ¿CRISIS EN EL SUDESTE DE ASIA?

Firmada la paz en Argelia —aunque no lograda to-

davía, por razones ajenas a la voluntad de los pactantes— lo que antes fue la Indochina francesa y que hoy contiene a Laos y Viet Nam, entre otros países, ha quedado como el campo de batalla "en funciones", más importante del mundo. La terrible paradoja de todo esto es que fue en 1954, luego que se firmó la paz en Indochina... cuando comenzó la guerra en Argelia. Este juego macabro no parece haber sido meditado por nadie. Y es posible que, en último término, no tenga mayor trascendencia, pero es un punto sobre el cual vale la pena meditar...

● LA NEUTRALIDAD DE LAOS

A comienzos de mayo, luego de un año de tregua, las fuerzas comunistas del Pathet Laos atacaron violentamente en el norte de Laos, capturando incluso una capital de provincia: Nam Tha. El acuerdo de cese de las hostilidades había sido logrado después de una petición conjunta de soviéticos e ingleses, a la cual concurrió EE. UU. resignándose a que Laos quedara convertido en país neutral. A cambio de dicho acuerdo, EE. UU. se reservó el derecho de intervenir si dicha neutralidad no era respetada.

Esto ha ocurrido ahora con las avanzadas rojas, y el Gobierno de Kennedy ha puesto en movilización una maquinaria militar cuya potencia podría resul-

tar imprevisibles. El 11 de mayo se despachó a la región un portaviones con 2.000 infantes de marina. Al día siguiente, se puso en estado de alerta a tropas de aire, mar y tierra. Entre ellas a la Séptima Flota de los EE. UU. que dispone de unas 125 naves.

Aunque todos los anuncios oficiales norteamericanos aseguraban que había amplias esperanzas de restaurar la tregua, las primeras noticias no han resultado, por cierto, de lo más alentadoras; así, el mismo 12 de mayo, desde la vecina Tailandia, se informó que el propio comandante en Jefe del Ejército Real laosiano había buscado refugio en ese país, con 2.000 hombres, a los cuales acosaban las fuerzas procomunistas. Con los fugitivos llegaron también 7 consejeros norteamericanos, quienes, evidentemente, fueron incapaces de evitar el control comunista en todo el noroeste del país.

Lanzados pues, de nuevo a la lucha, la decisión comunista parece ser esta vez total, dispuestos a conquistar definitivamente todo el país. Quizás si esto sea en realidad lo único claro en el confuso panorama.

En efecto, en Laos, descrito alguna vez como "un país de príncipes y campesinos, donde el proceso democrático ha hecho tan escaso impacto como el revolucionario grito comunista", figuran varios nombres de sangre azul entre las causas de las presentes dificultades. En el Norte está el Príncipe

Suphounvong, jefe del Pathet Laos, que cuenta con el apoyo rojo en sus deseos de lograr el gobierno de toda la nación. Y en el sur está el Premier, Príncipe Boun Oum. Y, entre medio, el príncipe neutral Souvanna Phouma.

Como si no bastara con la presencia de tanta realeza, hay también un general, Phoumi Nosavan, quien mantiene en el poder al Premier y es quien recibe la vital ayuda yanqui... aunque no comparte la estrategia de apaciguamiento de los Estados Unidos.

Y, en algún lugar indefinido, hay un rey, Savang Vatthana, cuya única característica positiva es que todos los laosianos, y también norteamericanos y soviéticos, lo reconocen como Jefe de Estado.

En la lucha se encuentran empeñados el ejército del Pathet y el ejército Real Laosiano. Pero también, para complicar aún más el panorama, existe una tribu, Meo, fieramente anticomunista, que ha logrado importantes victorias, no para el gobierno real... sino para ellos mismos....

Ante este caos (se asegura que el término "subdesarrollado" le queda grande a Laos, el 90% de cuya población cree que el mundo es plano y está principalmente habitado por laosianos) al gobierno de EE. UU. no le quedó más remedio que reconocer que la lucha no iba a ser ganada fácilmente. Y en consecuencia, lo que había era "neutralizar" el país y dedicar todos sus esfuerzos

al mantenimiento "en Occidente" de su vecino, el Viet Nam. Todo esto, como último recurso, para no perder totalmente el vital Sudeste de Asia.

Esta decisión es la que ha hecho crisis ahora, cuando en Laos la neutralidad está seriamente amenazada, y la lucha en el propio Viet Nam se hace cada vez más grave.

● EL "PRO OCCIDENTALISMO" DE VIET NAM

Si en Laos nadie sabe lo que pasa, es evidente que en Viet Nam no ocurre lo mismo. Por lo menos el Secretario de Defensa, Robert Mc Namara, ha probado con su personal interés y sus repetidos viajes a Hawai —a mitad de camino entre EE. UU. y Asia— que su país está consciente de la enorme importancia de un triunfo o una derrota en Viet Nam. Más aún, recientemente ha nombrado al General Paul D. Harkins como jefe de la misión militar norteamericana, que es la que prácticamente está guiando el desarrollo de la lucha.

El valor de Harkins reside en que ha sido el primer militar de carrera que ha reconocido en todo el proceso del sudeste de Asia, la importancia de las guerrillas... y los métodos para combatir las. Porque hasta aquí, salvo casos excepcionales y muy circunstanciales, los ejércitos de Occidente habían ignorado por completo este tipo de lucha, considerado "poco digno" y cierta-

mente nada de tradicional. (El punto, por lo demás, ya fue lúcidamente tratado por los autores de *El Americano Feo*, aunque se concentraron más ampliamente en la importancia de la guerra psicológica, sistematizada por Mao Tse-Tung, una de cuyas partes es la guerra de guerrillas).

Este tipo de lucha es lo que ahora pone en práctica el nuevo Comandante norteamericano —llegó a Viet Nam en febrero último— y sus posibilidades de éxito parecen ser considerables, aunque no del todo seguras. Hay que reconocer que no ha olvidado una parte importante de las lecciones enseñadas por Mao: la conquista del campesinado, que será, en último término, el que decida la lucha, dando o negando su apoyo. Para ello ha pedido —y ha obtenido— abundante ayuda material y económica desde Washington. Esto puede, ciertamente, ser más eficaz que el modernismo del armamento o de los equipos militares.

No hay que olvidar que el año pasado, sumergido en la crisis de Berlín, el Presidente Kennedy recordó en un discurso, que a 12.000 kilómetros de los EE. UU. había el otro extremo del mundo, existía también un desafío comunista en pleno desarrollo. "En el sudeste de Asia —recordó— las fronteras están menos guardadas, el enemigo es más difícil de localizar, y los peligros del comunismo son menos aparentes para aquellos que carecen de todo".

● OTRA VEZ LA POLEMICA IDEOLOGICA

Don Héctor Rodríguez de la Sotta es un polemista sencillo, honesto e implacable. Autor de dos libros de crítica a las ideas democráticas cristianas, no parece, a pesar de los tiempos y de la acumulación de testimonios, dispuesto a alterar su línea de individualismo económico cerrado.

Ahora ha vuelto con una inserción en "El Mercurio" (10 de mayo). ¿Qué dice de nuevo? Simplemente otro ataque directo y premeditado contra la Democracia Cristiana. Los motivos los suministra el rechazo a la idea del "frente anti marxista". Al señor Rodríguez no lo asombra ese rechazo. El lo sabía desde antes. En efecto, la Democracia Cristiana se ha definido en favor de la propiedad comunitaria. Esto, nos dice el señor Rodríguez, significa negar la propiedad privada y la libre empresa. Y como negar la propiedad privada y la libre empresa es marxismo, entonces la Democracia Cristiana es marxista.

Por desgracia, el señor Rodríguez, indicó como fuente y prueba, una resolución de la III Conferencia Mundial Demócrata Cristiana. Y como ella fue dictada con el concurso de los PDC de Italia, Francia, Alemania, Bélgica, etc., quiere decir que el argumento del señor Rodríguez se hace catastrófico. ¡No está acusando al PDC chileno de ser marxista, sino también a Adenauer, Fanfani y demás grandes

luchadores contra el sovietismo! ¿Es posible que no haya pensado en eso?

El primer error fundamental del señor Rodríguez, a nuestro juicio, es el de creer que una definición sobre la propiedad determina automáticamente una cierta actitud sobre un problema de defensa de la democracia. Lo que, en el fondo es —como se sugiere en una crónica de este mismo número— que el "frente anti marxista" es, en verdad, pro marxista. No defiende la democracia, sino estimula la formación de un poderoso movimiento popular contra los defensores derechistas de la democracia.

El segundo error, consiste en volver a sus viejas tesis muy equivocadas sobre la propiedad y la doctrina eclesial acerca de ella. Todos los argumentos del señor Rodríguez descansan en la afirmación de que el capitalismo no es ilegítimo en sí, y, por tanto, la posición anticapitalista no puede ser cristiana. Pero, como se entiende con facilidad —y aun aceptando que un pensamiento cristiano o el texto escrito de las Encíclicas sociales haga del capitalismo una cosa legítima en sí—, ello jamás podrá significar que el único régimen social aceptado por la Iglesia es el capitalismo. En consecuencia, la proposición de otros podría seguir siendo una actitud cristiana y católica.

Hay más todavía. El señor Rodríguez necesita caer otra vez en su antiguo error de identificar el comunitarismo con la propiedad esta-

tal; ambos como "colectivismo". Pero, el comunitarismo no es otra cosa que esto: la experiencia histórica, las exigencias morales y la voluntad de los ciudadanos llevan, en nuestro tiempo, a la idea de que los bienes deben ser puestos bajo un régimen de comunidades privadas, enlazadas entre sí y con comunidades de tipo nacional. No se trata del colectivismo estatal que sirve de base al orden totalitario. Tampoco se trata del fracasado e inmoral individualismo de los tiempos clásicos. Basta pensar en la idea escolástica del "bien común" para advertir que la lógica misma de los hechos económicos llevará a la humanidad, a formas más y más comunitarias. Así, por ejemplo, el actual Papa ha tenido que ratificar una vez más el aspecto social de la propiedad y ha abierto el camino para una amplia socialización de ciertos bienes. Si aún se llega al estatismo, a la socialización al nivel del Estado, ¿por qué tanto ceñido afán en decir que la simple comunidad de bienes en manos de los trabajadores de cualquiera empresa, viene a ser una estructura nefasta?

El artículo del señor Rodríguez pone en claro, una vez más, su valentía y... su candor. Hay que ser valiente para sostener hoy día por parte de un católico confeso, que la única posición económico-social legítima es el capitalismo. ¡Si es cómo para pensar que el articulista no lee jamás un libro sobre estos temas! Hay que ser candoroso, también, para

seguir impertérritamente buscando argumentos doctrinarios, con el fin de abrir al comunismo dictatorial la más amplia vía de triunfo. ¿No se nos dice que dejar de mano el capitalismo y la libre empresa es profesar el marxismo y esquivar, de paso, cualquier batalla contra la dictadura comunista?

● OTRO POLEMISTA: EL SEÑOR BALTRA

El profesor universitario Alberto Baltra, radical, dictó tres conferencias en la Universidad de Chile sobre la URSS., Alemania Oriental y Yugoslavia. Venía de una visita a dichos países y, como hombre de Izquierda, se inclinó a alabarlos todo. Su testimonio, seguido con indudable interés por una multitud muy ansiosa de oír frases parsimoniosas y técnicas, era de imparcialidad formal pero de una terrible unilateralidad real.

Parece ser que la falla esencial del conferencista radicó en que él tomaba los textos legales por realidades. Así, por ejemplo, cuando se trata de la dirección de las empresas, nos afirma que ellas son gobernadas colectivamente por los trabajadores mismos. Para sostenerlo, olvidó que uno de los asuntos esenciales de discrepancia entre los soviéticos y los yugoslavos era el de que éstos últimos, no veían sino autoritarismo oficial y nada de gestión obrera en las empresas soviéticas. ¡Era un antecedente como para recordarlo! Pero, se puede incluso señalar el hecho de que, si fuese así, el mundo del trabajo en la URSS. no ofrecería ese aspecto de mutismo y oficialismo absoluto que lo caracteriza. Los obreros, actuando

espontánea y libremente, en la dirección de la industria soviética, llegarían también de manera lógica a tener que expresar esas discusiones locales, en grandes debates regionales y nacionales. Se advertiría entonces que ellos, alguna vez, no estaban de acuerdo con los organismos estatales o con funcionarios. Tales hechos se reflejarían en las elecciones al Soviet Supremo. La unidad social necesitaría justamente esa pluralidad interna y de base. ¡Mas, como bien sabemos, nunca se ha visto una nota disonante en el plano de los organismos oficiales! De ese modo, la lógica de la vida desmiente la lógica de las palabras del señor Baltra.

En otros casos, como en el papel del Estado, el conferenciante simplemente se entrega en cuerpo y alma a las promesas, también oficiales, únicas y dogmáticas, formuladas en el último Congreso del Partido Comunista soviético, sobre la desaparición futura del Estado. Mas, en calidad de pruebas, sólo puede decir que... ¡los sindicatos administran algunos sanatorios!

Las cosas llegan a un extremo, cuando nos habla de la libertad. Aquí el orador renuncia ya a la más mínima originalidad. Nos dice solamente que, en la URSS., la libertad es concreta y real, mientras que, en Chile, es formal. Más. ¿Cómo lo acredita? Simplemente por la vía de la afirmación dogmática: "Los Derechos Humanos se encuentran realmente garantizados". Pero, ¿la prueba? "Un millón de cartas, dice, en el sentido de crítica, recibe la prensa de todo el país". "Hay libertad religiosa y a la vez de propaganda antirreligiosa". ¿Y la prensa? En todas partes son controlados. Aquí, el dinero.

Allá, las grandes organizaciones de la sociedad. "Por lo tanto, termina, allá sí que la prensa es libre".

Dan ganas de preguntar: si aquí todo es controlado, ¿quién controló al señor Baltra? ¿El Rector de la Universidad? ¿El Partido Comunista? ¿Y quién podría dar una conferencia en la libre URSS para decir que allí no hay libertad? Este político fogueado no alcanza a percibir el simple hecho de que sus palabras están desmentidas otra vez por la circunstancia de que nunca, jamás, se ha visto que alguien, en la URSS., hiciera lo mismo que él acaba de hacer en Santiago. ¿Será necesario someterse a control para caer en tal inconsciencia?

● EL MURO DE BERLIN

Pero, no hay sólo inconsciencia. En el caso de la defensa del muro de Berlín, el radical señor Baltra exagera su conformismo. Resulta que hay muro y hay fuga en masa de berlineses orientales. Cuidadosamente omite referencias a los casos de baneo criminal cometido por los agentes de la policía de Ulbricht. Habla sólo con pena marginal de los aspectos sentimentales... que no se deben exagerar mucho. Pero, en todo caso, la realidad no puede ser negada. Se la explica, en cambio, con toda minuciosidad. Aquí el político usa al economista para inventar argumentos... ¡qué son la fiel traducción de las palabras de Ulbricht!

Los argumentos son: la gente se escapa porque en Berlín occidental se producen mercancías de lujo. También lo hacia porque muchos pertenecían a las clases acomodadas. El muro hubo de ser levantado para evitar que los obreros de

Berlín oriental fueran a ganar salarios que les resultaban cinco veces más elevados, dejando a la Alemania comunista sin mano de obra. Y para evitar que las dueñas de casas occidentales se abastecieran en Berlín oriental y provocaran escasez de productos.

De lo dicho resultan muchas cosas asombrosas: Alemania occidental manipula una relación de cinco a uno entre las monedas, pero Alemania oriental no tiene más defensa que levantar un muro de cemento y balear a sus propios ciudadanos. Asimismo, Alemania occidental ni levanta muros ni asesina a nadie: le basta con ofrecer su país para que la gente entre y salga. Resulta también, y por sobre todo, que no hay motivos para escapar, pero la gente escapa; que el socia-

lismo aparece como un infierno a los alemanes y el capitalismo como un cielo. a pesar de la imagen francamente favorable al primero de estos regímenes que nos trae el señor Baltra. Así, por confesión de este nuevo admirador, el socialismo no atrae a las masas, sino que es el capitalismo el que las fascina. Asimismo, observamos que estos argumentos sirven al político Baltra para esconderse tras el economista: según él, no hay motivos ideológicos ni sociales ni económicos para huir. El sugiere que los prófugos son más bien culpables de huir, y no las autoridades de impedirles que se vayan o de balearlos sin piedad. La cárcel del Berlín oriental no ha sido vista por el conferenciante, sino por el lado de un análisis económico. No tu-

vo tiempo para comprender que si huye la gente con terror mortal y angustia desesperada, es por algo que lleva en su conciencia de modo muy firme. Tiene miedo y repugnancia. Pronuncia un juicio político contra los canallas que hacen fusilar desde las troneras de muro. El conferenciante no ve nada. Cierra los ojos, y mira cifras imaginarias en su mente.

Pero, ¿recomendaría el señor Baltra para Chile, el sistema de prohibir la salida y levantar muros y balear a los chilenos que salieran a trabajar al extranjero?

Tiene que decirlo, porque no sólo es economista. También interviene en política. Y además, en su conferencia, dijo que... "¡debemos decir la verdad!".

Es dramática la tragedia que vive el campesinado por estos despidos.

Yo no tuve oportunidad de traer hasta esta Honorable Cámara, antecedentes tan completos como los que dió a conocer el Honorable señor Rosales, sobre despidos de campesinos, pero he llamado a la ASICH para consultarle sobre este problema. Yo sólo conozco de dos fundos, uno de Colina, donde el dueño de un predio, junto con despedir a su inquilino, se dió el lujo de quemar la casa, porque como aquí estamos viviendo en la época de las cavernas, como diría el Honorable señor Godoy Urrutia, no sólo despiden al inquilino, sino que al mismo tiempo le queman la casa a sólo treinta o cuarenta cuadras de este mismo Parlamento. El otro caso, es el de un fundo de Lampa, donde el dueño está siempre viajando por el mundo, por Asia, por Europa, por Africa, donde habría sido mejor que se quedara, y entonces, arrienda su fundo, pero al regreso de sus viajes múltiples, decide trabajar el fundo y así, de repente, despide a los inquilinos, porque hay que tomar otra gente, con menos salarios y menos exaltada.

Esta es la realidad que está viviendo el país.

(Palabras del Diputado Alfredo Lorca, en un debate sobre despidos de obreros campesinos).

TRINCHERA POLITICA

● LA IDEA DEL "FRENTE ANTI COMUNISTA"

Desde un tiempo a esta parte, los dirigentes de los partidos derechistas vienen impulsando la formación de un "frente anti marxista", destinado, según se afirma, a salvar la democracia. Para fundamentar esta proposición, se deja de mano la situación actual de las diversas fuerzas políticas. En otras palabras, se omite toda referencia a la pugna entre colectividades de Gobierno y colectividades de oposición. El problema queda en consecuencia trasladado al puro nivel electoral futuro. El objetivo concreto radica en la formación de un frente capaz de detener a los comunistas y a sus aliados. Para ello, la idea puesta en marcha por los partidos de Gobierno exige de la Democracia Cristiana, partido opositor, que adhiera a dicho "frente". En caso de no hacerlo —como ya ha sucedido varias veces— se la tilda de pro marxista o, en todo caso pro comunista.

No hace mucho tiempo, el partido liberal ofreció, no sin habilidad, una fórmula democrática para salvar al país del peligro comunista. Ella consistía en modificar la ley electoral, a fin de permitir la formación de listas de candidatos a Presidente de la República. Eso daría la oportunidad para una reunión de los partidos democráticos que obtendría una victoria segura sobre el bloque del FRAP.

La fórmula no fue, de hecho, recogida por nadie. Con todo, el frente democrático subsiste como lema de propaganda para los partidos de Derecha. En efecto, ellos renovarán en cualquier momento la tesis de la "unidad de las fuerzas democráticas", paralela a la de la "unidad de los partidos populares", que impulsa el FRAP. En ambos casos, el papel de la Democracia Cristiana queda configurado de una manera que responde a los intereses políticos y electorales de los partidos proponentes.

Nos parece útil en estas circunstancias, hacer algunas observaciones sobre el fondo del asunto. Creemos que, tras la idea del "frente anti marxista" hay aspectos ideológicos y políticos que no salen a la superficie, pero que es necesario mostrar a toda luz.

● 1.—DEMOCRACIA Y ESTRUCTURAS SOCIALES

La primera cuestión necesaria de dilucidar es la que se refiere al concepto de defensa de la democracia.

Sobre esta materia, las ideas tradicionales de Derecha han errado más de una vez. Conviene no olvidar que, en 1948, la Derecha intentó la misma operación de hoy por medios un poco más drásticos. Se trataba de dejar fuera de la ley al comunismo. ¿Era ese el mejor método para detener la influencia de éste?

La Democracia Cristiana

opuso un NO rotundo a esta tentativa. Dijimos con firmeza, mal entendida en ese entonces, que el uso de la violencia policial no era el camino para librar a Chile de la dictadura. Afirmamos que ésta no puede ser vencida sino con métodos democráticos. La ilegalidad del PC., agregamos, conduce automáticamente a la unión de las fuerzas marxistas. Al poco tiempo, se pudo ver que nuestras predicciones no estaban equivocadas. El Partido Comunista no fue quebrantado. En la ilegalidad pudo subsistir. Los métodos de persecución empleados por una policía al servicio de un régimen derechista le dieron prestigio y popularidad. Los mecanismos de violencia no pudieron mantenerse siempre al mismo nivel. Las relajaciones favorecieron el juego de la colectividad perseguida. Algunos de los mismos partidos que habían decretado la exclusión legal, debieron reconocer que se habían equivocado. El actual Gobierno de Derecha ha tenido que mostrar constantemente su solicitud, en el sentido de que no volverá a usar el arma de la prohibición legal y, más aún, cabe afirmar que ha evitado en lo posible cualquier ataque directo al Partido Comunista.

Durante la campaña presidencial última, el PDC advirtió en numerosas ocasiones que la polarización entre las fuerzas de extrema Derecha y las del FRAP, como dilema único a que estaba

abocada la opinión pública, era un planteamiento que iba a frustrarse en todo caso. La victoria de las fuerzas de Derecha, dijimos, —cualquiera que sea la intención de los hombres encargados del Gobierno— significa que, a poco andar, se producirá un descontento masivo a lo largo y a lo ancho del país. Una política tradicional no puede aparecer como liberadora, en los momentos en que el mundo entero sufre una de sus más fuertes sacudidas sociales. Ocurrirá fatalmente, insistimos, que la opinión de los sectores medios y populares se desplazará hacia posiciones antagónicas a las vigentes. Será inevitable, en tal caso, que los partidos fuertes, firmemente opositores —como es el caso del comunismo— aparezcan encabezando, y controlando muchas veces, los movimientos de protestas. En tal caso, el Partido Comunista se mostrará completamente legitimado ante las masas, ya que expresará en proporciones muy importantes la misma lucha de éstas.

Tampoco se nos creyó. Los dirigentes de Derecha plantearon una polémica cerrada contra la Democracia Cristiana, acusándola de pro comunista —a pesar de las hondas divergencias entre su candidatura y la del FRAP— con el objeto de aprovechar desde el punto de vista de la propaganda, el fácil dilema que se ofrecía a una opinión pública no madura: o comunismo o anti comunismo de-rechista.

Hoy día, ya lo vemos. Los partidos de Derecha, con el poder en su mano, con una obra gubernativa de la que dicen enorgullecerse, con los efectivos del Partido Radical, con las posibilidades de una labor futura, no se sienten capaces de vencer al

comunismo por su propia fuerza. Estiman urgente y hasta indispensable la formación de un frente anti comunista y buscan también a la Democracia Cristiana para que los ayude en esa tarea. Observamos, pues, que ninguno de los caminos seguidos ha sido fructífero. Más aún, la acumulación de fuerzas se hace siempre más y más grande, pero nunca basta. El comunismo sigue como un peligro mortal. Y la posibilidad de que los chilenos escojan la vía de la dictadura no está aun rechazada. En aquel entonces se dijo que los demócratas cristianos eran pro comunistas. Nos arrojaron del seno de la democracia, a fin de poder construir su axioma de propaganda: la Derecha salvará a Chile del totalitarismo comunista. Ahora, felizmente, parece, hemos adquirido de nuevo nuestra calidad de demócratas, pero, con todo, se preparan los ánimos para decir al país, a la gente de creencias religiosas, a los intelectuales y los demócratas en general: los demócratas cristianos serán los responsables de que se imponga el comunismo en Chile. De ellos depende que se forme o no se forme un frente anti comunista.

Pues bien, ¿será posible que alguna vez la propaganda deje de falsear la verdad? Si el crecimiento de las ideas de tipo totalitario o, al menos, la influencia de colectividades que las encaran, aparece en proporción directa con el mantenimiento de la estructura tradicional, y en cambio disminuye, allí donde fuerzas democráticas de renovación obtienen adhesiones en el campo intelectual, sindical y juvenil, ¿no se puede presumir que es el concepto mismo de democracia lo que los ideólogos de Derecha plantean en mala forma?

Nosotros lo pensamos así firmemente. El texto de la sugerencia liberal es una nueva prueba de ello. En efecto, allí se contempla como algo enteramente natural que la defensa de la democracia se hará por medio de una coalición electoral en que participarán todas las fuerzas democráticas. Para denominarse así, basta con establecer como único lazo de unión el compromiso de que todas ellas respetarán el libre juego de las opiniones. La democracia pues, en este caso, no es más que un cuadro formal en que todos pueden caber. Su defensa será hecha por colectividades muy diversas, sin importar mayormente que sean avanzadas o reaccionarias. El Partido Liberal deja especialmente libre a cada partido el derecho a seguir sosteniendo sus propias opiniones e intereses. En otras palabras, la alianza se realiza sobre un terreno puramente conceptual, abstracto. Este es el punto de vista tradicional de la mentalidad de Derecha. Pero, al mismo tiempo, es el que ha hecho crisis tantas veces. Nosotros hemos sostenido siempre que la democracia posee sin duda, un valor permanente y que colaboran a ella también, al menos negativamente, fuerzas no progresistas. Pero, creemos que, en la época que corre y ante los problemas de la hora, no es posible seguir refugiándose en una democracia puramente formal, carente de contenidos sociales adecuados a los grandes problemas del país. Nosotros afirmamos que la democracia y el cambio de las estructuras sociales son hechos inseparables hoy en día. Defiende la democracia aquel que entiende a fondo y sin timideces la necesidad de una renovación completa. No basta, pues, ni la

ley represiva, ni la coalición electoral de reaccionarios y avanzados en contra del Partido Comunista, ni tampoco el anuncio de modificaciones de superficie incapaces de incorporar al pueblo en la vida económica nacional. Ese sería un triunfo efímero, pues evidentemente hoy por hoy nadie entiende una coalición política como carente de significado social. Por ello, afirmamos que una vez más la mentalidad de los dirigentes de derecha se encamina por una mala vía. Ellos, en verdad, están proponiendo una defensa de la democracia en el nivel de sus ideas tradicionales. No salen de su formalismo de tendencia pasiva. La Democracia Cristiana no comulga con tal concepto. Sostiene que es necesario partir de una honda comprensión de la democracia social para poder hablar con verdad de la subsistencia de la democracia política. ¿Habría necesidad de recordar aquí que, en hechos todavía recientes, los partidos que formarían el frente democrático en perspectiva, fueron los que sostuvieron en el Congreso una sentencia del Tribunal Calificador de Elecciones, en que todas las normas de la lógica procesal fueron quebrantados a fin de dar más poder al aliado? Es posible acaso perdonar esos hechos u olvidarlos a través de una lucha cambiante; pero, al mismo tiempo, no resulta útil dejar de tener presente el oportunismo ideológico que tales actitudes representan. Es bien difícil, en verdad, que sean clasificados como auténticos demócratas aquellos políticos o partidos para los cuales la primera regla es la desesperada y hasta ilegal defensa de sus intereses particulares. Porque justamente la democracia consis-

te en mantener la norma establecida, aunque ella nos perjudique. Y si alguna duda puede surgir cuando se llega a los casos límites entre la norma y la justicia real, creemos que la violación de la primera de éstas, en un caso electoral, es reveladora de un partidismo absolutamente antidemocrático.

● 2.—EL COMUNISMO Y EL MOVIMIENTO SOCIAL

Un segundo error nos parece advertir en la tesis del frente "anti comunista". Ella está fundada, como ya dijimos, en la necesidad de impedir el triunfo de la dictadura comunista.

El PDC ha definido muchas veces su posición antagónica a las ideas y a la práctica del Partido Comunista. No somos amigos, sino enemigos, de la dictadura. Y pretendemos garantizar una transformación social en plena democracia, sin que nadie vea conculcados sus derechos y sus libertades. Pero, no podemos aceptar que se nos diga simplemente que basta coaligarse electoralmente para vencer al comunismo. Porque, en verdad, este último movimiento, (cualquiera que sea la diferencia ideológica o política que se abriga a su respecto), forma parte de la lucha social de nuestro tiempo. Posee una cierta afiliación doctrinaria, una historia de combates, una experiencia conocida; busca alimentarse en el seno de las capas populares y, ¡podemos lamentarlo, pero no negarlo!, encuentra allí cierto respaldo. No es pues una presencia que vaya a ser eliminada o disminuida por el solo hecho de que sus adversarios de toda clase se unan contra ella. La verdadera solución se halla

en el hecho de asumir a fondo las responsabilidades de los partidos ante el pueblo de Chile. Hay necesidad de un orden social diferente, de estructuras económicas que integren a los chilenos bajo otro cuadro moral, social y político. Hay que hacer en suma, como incluso lo viene pidiendo el Gobierno de Estados Unidos, una revolución social. Está aquí la esencia del problema. Por eso mismo, para fundamentar alianzas aunque sean transitorias, hay necesidad de calar en esta clase de materias, no en la mera reacción defensiva. Si la democracia cristiana aceptara el planteamiento derechista, se negaría a sí misma. Porque, en efecto, estaría suponiendo, que la presencia de un partido de masas, que impulsa la quiebra de las relaciones capitalistas de producción y que se opone a los intereses dominantes de las grandes concentraciones de capital (¡denunciadas vigorosamente por los Pontífices de la Iglesia Católica!), ese partido, decimos, puede ser considerado como una fuerza postiza, como un fenómeno artificial, como un mero producto de la habilidad demoníaca de algunos malvados. En otras palabras, estaría abriendo la puerta para que también se descubriera alguna otra vez que los demócratas cristianos somos "fascistas", como gustan de proclamar algunos cuando nos defendemos de atropellos indignantes, o que somos "anti patriotas", como suele aun declamarse en corrillos superficiales, a causa de nuestras conexiones con el movimiento internacional demócrata cristiano. Pero, no es así. El movimiento social es un ancho río que contiene elementos diversos. Su dirección es adversa a las relaciones capitalistas de trabajo. Las masas populares

oprimidas están detrás de ese gran cauce histórico. La DC. forma parte de él y no puede aceptar que, con criterios recortados de los intereses de Derecha, se pretenda sumarnos a una cruzada "anti comunista" de apariencias, pero, en verdad, hondamente favorable a lo que en el comunismo hay de amenaza contra la democracia y contra el pueblo, pues se cae siempre en el error básico de dividir a la opinión pública en dos fuerzas: una anti comunista y anti popular, otra pro comunista y popular.

Hemos dicho siempre y volvemos a repetirlo ahora. La democracia salvará al pueblo cuando sus representantes encarnen al pueblo. La democracia reaccionaria es pro comunista. No es democracia. Prepara los caminos al triunfo del Estado totalitario. Nos parece que los partidos de Derecha cometen una vez más un error ideológico y práctico de contornos históricos. El vicio de su argumentación, que aparece casi inconscientemente en todos los textos favorables a la idea de "frente anti marxista", descansa como hemos dicho, en que mira a una colectividad que es mera consecuencia del desarrollo del movimiento social (sin perjuicio de sus errores teóricos o políticos) como un elemento artificial, eliminable por métodos incapaces de alterar la estructura económica de la sociedad.

Se nos podría aquí formular una objeción. Admitamos, se diría, que lo anterior sea verdad. Pero, ocurre que los demócratas cristianos no aplican el mismo criterio cuando se trata de las fuerzas sociales de Derecha. Para ellos, en tal caso, la lucha se verifica en unidad con los elementos de la Izquierda colectivista o dictatorial. De esa manera, se

admiten también, por parte de los demócratas cristianos, métodos de combate que suponen la posibilidad de considerar a la Derecha como una fuerza postiza, accidental, susceptible de ser vencida por el solo hecho de que todos sus adversarios se unan en su contra.

Sin embargo, respondemos, los hechos desmienten tal interpretación. La Democracia Cristiana no se alza en la política mundial y chilena, como una fuerza de izquierda más. No se une sino en puntos circunstanciales a las posiciones de los partidos colectivistas o dictatoriales de izquierda. Su historia, sus métodos, su mentalidad, es la de una actitud que rechaza, en el plano ideológico y en el político, el avance de los totalitarismos de izquierda. Mas aún: ella afirma inequívocamente la vigencia de la democracia como norma de Gobierno, y en consecuencia, admite que los partidos de Derecha, con respaldo en la opinión pública no pueden ser objeto de medidas eliminatorias. Y tampoco postula la tesis de que el problema de la injusticia social será resuelto por la sola vía de la unión electoral de los enemigos de la Derecha. Hace falta, decimos, toda una nueva perspectiva moral y política para lograrlo.

● 3.—¿ES EL FRENTE ANTI-COMUNISTA UN ARMA POLÍTICA EFICAZ?

La mentalidad de derecha supone, por cierto, que la respuesta a dicha pregunta es afirmativa. Nosotros tenemos serias reservas. Ellas, por lo demás, se deducen de lo ya expuesto. Bástenos con preguntarnos aquí lo siguiente: ¿cómo recibirá la opinión pública la formación de una mayoría destinada a

modificar ahora la ley electoral o la Constitución, si llegare el caso, en el sentido que indican los dirigentes liberales? ¿No parecería de inmediato que la tal coalición puramente electoral se convertiría en una coalición política? ¿Dejará alguien de entender que los candidatos de la lista democrática tienen compromisos ideológicos o políticos, que forman un bando frente a los problemas nacionales, que si se unen es porque no están demasiado lejos unos de otros? Nosotros creemos imposible evitar tales derivaciones lógicas. Los ciudadanos no podrían entender que, a la vista de los inmensos problemas que afectan al país y a sus habitantes, los partidos se muevan por motivos tan negativos como el de impedir que venzan los partidos marxistas, o tan doctrinarios que el único lazo entre ellos sea el principio de conservación del libre juego democrático. La pregunta en boca de todos los ciudadanos conscientes será la de: ¿por qué no se unen Uds. bajo un programa de acción, para liberarnos de nuestros males? Una vez más lo decimos, se trata de entender que orden político y orden social van unidos. Eso no es sólo una cuestión académica. Es también la mente con que el pueblo afronta sus problemas. Nadie va a entender que los partidos se presenten con sutilezas en sus programas de acción. Exigirá, en cambio, que se unan los que están de acuerdo en determinadas soluciones integrales, y cuando no vea esto, creará advertir una maniobra sospechosa en que se le oculta la verdad profunda contenida en esa alianza.

Algunas consecuencias se seguirían de inmediato de una situación como la que implicaría el "frente anti marxista". Desde luego, re-

sultaría que la opinión pública no hallaría como expresar sus opiniones. En efecto, es bastante discutible que, para la gran masa de los chilenos, el dilema actual sea el de marxismo o anti marxismo. O, si se quiere, comunismo o anti comunismo. La verdad es que tal dilema existe en cierta medida y no hay que dejar de pronunciarse sobre él, pero, al mismo tiempo, no absorbe todos los problemas del país ni atrae exclusivamente la atención del pueblo. Ello podría ocurrir en el caso de que las perspectivas de renovación social estuviesen ya dadas y se tratara de elegir entre sus diferentes vías. Es este acaso, el problema de la revolución venezolana. Pero, cuando la Derecha tradicional permanece en el poder, los elementos políticos en juego son muy diferentes. Aquí hay una línea esencial de problemas: son los del orden económico y social. Hay también una línea importante de temas: son los del orden ideológico y político. No podemos fundar la nueva campaña presidencial en cuestiones religiosas. Tampoco nos está permitido

aislar el aspecto relacionado con el choque entre métodos democráticos y métodos dictatoriales, para hacer de este asunto el único de interés para Chile. He ahí pues, el error básico que la Derecha se apresta a cometer de nuevo y que sería tan grave como el de pensar que hoy por hoy no importa en manera alguna tomar en cuenta la amenaza de una futura dictadura comunista o la experiencia que nos suministra el caso venezolano.

De ahí que un tal planteamiento de "frente anti marxista" llevaría a muchos ciudadanos a no saber cómo votar. Podrían verse en efecto en la necesidad de apoyar a quienes no los representen en el plano de las reivindicaciones sociales, a fin de salvar la democracia o, al revés, votar por quienes les prometen una dictadura para evitar la victoria de fuerzas sociales que repudian. ¿Sería éso comprensible? Creemos francamente que no.

En suma, el problema de Chile no es el de una simple alianza electoral, pactada con mucha anticipación por

fuerzas en posiciones antagónicas, sino el de un esfuerzo por unir la voluntad mayoritaria de los ciudadanos en una política de liberación democrática. Las plataformas son las que deben decidir, en el momento oportuno, sobre la convergencia o divergencia de las fuerzas políticas. La Democracia Cristiana ofrecerá un programa de renovación social en democracia. Sin caer en decisiones prematuras, sin claudicar ni asumir actitudes prepotentes, trabajará por persuadir al máximo número de chilenos, en el sentido de que deben ponerse de acuerdo en soluciones nuevas para los viejos problemas del país. Para salvar a Chile, es necesario transformarlo; para mantener la Democracia, es preciso darle otro contenido. La Democracia Cristiana está al servicio de esa causa. No de otra. Y quiere comulgar con el más amplio número de ciudadanos, en la tarea histórica que a nuestras generaciones plantea el dramático siglo que vivimos.

LEO.

LAS AMERICAS (continuación de la pág. 7)

cio y eludió por mucho tiempo un pronunciamiento.

Este espíritu no es precisamente el más a propósito para llevar a efecto sus fines; pero la historia de sus vacilaciones y contradicciones es dilatada. Recordemos que hay viejas querellas fronterizas sin resolverse; que en su seno revueltos están los representantes del oprobio y de gobiernos legítimos; que Be-

tancourt hubo de exigir largamente y con energía el cumplimiento contra Trujillo de las sanciones impuestas por ella misma y que la reiterada violación de los derechos fundamentales del hombre americano no tiene todavía instancia donde ser sancionada, no obstante los varios acuerdos muy solemnes a este respecto.

Y no sólo los pronuncia-

mientos de la OEA tienen la lentitud de la justicia burocrática, sino que, además, son hechos por vías indirectas y rebuscadas. En el caso del Lauca, se resolvió llamando a las partes a la aveniencia, pero sin decir palabra sobre el asunto mismo, es decir, si era aplicable o no al caso, el Tratado de Asistencia Recíproca invocado por Bolivia.

GUERRA NUCLEAR y RESPONSABILIDAD CRISTIANA

THOMAS MERTON

Se ha dicho tan a menudo, que ha llegado a ser un clisé, pero debe ser dicho otra vez, al comienzo de este artículo: el mundo y la sociedad del hombre, encaran ahora la destrucción. *Posible destrucción*: es relativamente fácil, en la actualidad, borrar la raza humana por agentes nucleares, bacteriológicos o químicos, ya sea juntos o separados. *Probable destrucción*: la posibilidad, en la proporción en que los líderes mundiales se comprometen cada vez más en planes de acción basados en la amenaza de emplear estos agentes. Estados Unidos y Rusia están abocados en la actualidad, a un plan de genocidio. No sólo en el uso de armas nucleares para la auto defensa, sino también a su empleo, en un ataque de tipo sorpresivo, si fuese oportuno. Esto significa que las tácticas de Estados Unidos y Rusia están construidas sobre la presunción de capacidad, disposición y prontitud para destruir al adversario, en un instante que podría llamarse de "primer golpe", y que aquel atacado es capaz de una "represalia post mortem", en la que aniquilaría no sólo a su atacante, sino también a sus aliados y satélites, aunque ya estuviera casi liquidado.

No es necesario insistir que, en un mundo donde otro Hitler es muy posible, la mera existencia de armas nucleares constituye el problema más trágico y más serio con que jamás haya tenido que lidiar la raza humana. La atmósfera de sospechas, de odio y de tensión en que vivimos, es precisamente lo que se requiere para producir Hitlers.

No es exagerado decir que nuestros tiempos son Apocalípticos, en el sentido que parecemos haber llegado a un punto en que todo el misterioso y oculto dinamismo de la "historia de salvación" revelada en la Biblia, ha florecido en una crisis final y deci-

siva. Es posible que seamos capaces de comprender el término "fin del mundo" o no. Pero, sea como fuere, estamos asistiendo al desenvolvimiento de los símbolos misteriosamente vividos del último libro del Nuevo Testamento. En su simplicidad, nos sitúan ellos como a los hombres cuya suerte ha sido vivir en el tiempo de una posible decisión final.

Sabemos que Cristo vino a este mundo como Príncipe de Paz. Sabemos que Cristo en Sí, es nuestra paz (Ef. 2:14). Creemos que Dios ha elegido para Sí, en el Cuerpo Místico de Cristo, un pueblo regenerado por la sangre del Salvador y comprometido por la promesa bautismal a luchar con el enemigo de la paz y la salvación. Como lo indicara el Papa Juan XXIII, en su primera carta encíclica *Ad Petri Cathedram*, los cristianos están obligados a hacer lo posible por la paz "con todos los medios a su disposición" y sin embargo —continúa— esta paz no puede comprometerse con el error ni hacerle concesiones. Por ésto, de ninguna manera se trata de conformarse pasivamente en la injusticia, puesto que ésta no produce paz. El esfuerzo cristiano por la paz depende primero que nada, de una libre respuesta del hombre al "llamado de Dios para el servicio de sus misericordiosos designios". La ausencia de respuesta por parte del hombre a este llamado —dice el Papa Juan— es el "problema más terrible de la historia humana" (Mensaje de Navidad de 1958). Cristo, Nuestro Señor, no vino al mundo a traer paz, como una especie de tranquilizador espiritual. El trajo a sus discípulos, una tarea y una vocación: luchar por establecer Su paz en un mundo de violencia, no solamente en sus corazones, sino también en la sociedad misma.

El cristiano es —y debe ser— por su misma adopción como hijo de Dios en Cristo, un pacificador (Mat. 5:9). Está moral-

The Commonweal, (febrero 9, 1962)

mente obligado a imitar a su Salvador quien, en lugar de defenderse con doce legiones de ángeles (Mat. 26:55), permitió ser clavado a la cruz y murió orando por sus verdugos. El cristiano es alguien cuya vida procede de una semilla espiritual: la sangre de los mártires, quienes sin oponer tenaz resistencia, rindieron sus vidas antes que someterse a las injustas leyes que demandaban un culto religioso divino hacia el Emperador. Es decir que, el cristiano, está obligado como los mártires a obedecer a Dios antes que al Estado, cuando el Estado intenta usurpar poderes que no le pertenecen ni le pueden pertenecer. Repetidas veces hemos visto en nuestro tiempo a los cristianos, cumpliendo esta obligación en forma heroica, con su resistencia a las dictaduras empeñadas en interferir los derechos de sus conciencias y su religión.

Ya no vivimos en un mundo cristiano. Las edades que nos complacemos en llamar "edades de la Fe", no fueron ciertamente de paraíso terrenal. Pero al menos, nuestros antepasados reconocieron y favorecieron la ética cristiana del amor. Ellos libraron algunas guerras muy sangrientas y poco cristianas, en las que cometieron grandes crímenes que perduran en la historia como permanente escándalo. Sin embargo, se reconocieron ciertos límites definitivos. Hoy en día, un mundo no cristiano retiene todavía, algunos vestigios de moralidad cristiana, unas pocas fórmulas y clisés que sirven en ocasiones apropiadas, para adornar indignadas editoriales y discursos. Pero, por otro lado, somos testigos de las deliberadas campañas para eliminar toda educación inspirada en la verdad y la moralidad cristiana. La ética del amor tiende a ser desacreditada como falsa y sentimental.

Es un serio error, en consecuencia, imaginar que, porque el Occidente fuese vastamente cristiano una vez, la causa de las naciones occidentales debe identificarse ahora —sin mayores calificaciones— con la causa de Dios. El incentivo de barrer el bolchevismo, podría ser una de las tentaciones apocalípticas de la cristiandad del siglo veinte. Y el medio más efectivo, también, de destruirla, aunque el hombre sobreviva. Porque ¿quién puede pensar que los asiáticos y africanos respetarán y abrazarán la cristiandad después que, aparentemente, haya gatillado un asesinato masivo y una destrucción de proporciones cósmicas? Es una locura pensar que el cristianismo pueda defenderse con armas nucleares. El solo hecho de que paremos aceptar ahora la guerra nuclear como posible, es ya en sí un escándalo universal.

El cristianismo no sólo se opone al co-

munismo, sino que, en un sentido muy real, está en guerra con él. Esta guerra es, sin embargo, ideológica y espiritual. "Privada de armas materiales" dice el Papa Juan "la Iglesia es depositaria del más elevado poder espiritual". Si la Iglesia carece de armas militares propias, quiere decir que sus guerras son peleadas sin armas, y no que ella invocará las armas de aquellas naciones que una vez fueran cristianas.

Debemos reconocer que la Iglesia no pertenece a ningún bloque de poder político. Cristianismo existe a ambos lados de la Cortina de Hierro y deberíamos sentirnos ligados con lazos muy especiales con aquellos cristianos que, viviendo bajo el comunismo, sufren a menudo, heroicamente, su persecución.

¿Constituye para nosotros una defensa válida del cristianismo el barrer con esos heroicos cristianos junto con sus opresores, por la causa de una "libertad religiosa"? Es un argumento falaz pretender que la aniquilación física en una guerra nuclear, sea "menos maligna" que las difíciles condiciones bajo las cuales siguen viviendo estos cristianos, tal vez con verdadero heroísmo y santidad, al preservar su fe y atestiguar efectivamente a Cristo, en medio del ateísmo. Por cierto que la persecución es un mal físico y espiritual, pero Cristo ha dicho que aquellos que sufren persecución en Su nombre, serán benditos (Mat. 5:10-12).

Al mismo tiempo, una de las cosas más inquietantes del mundo occidental de nuestro tiempo, es que está comenzando a tener mucho más en común con el mundo comunista, que con la sociedad profesadamente cristiana desde hace siglos. A ambos lados de la Cortina de Hierro encontramos dos variedades profundamente inquietantes de una misma enfermedad moral: ambas, enraizadas fundamentalmente en idéntica concepción materialista de la vida. Ambas, básicamente oportunistas y pragmáticas a su manera. Y ambas, con la siguiente característica en común. En el terreno de la moralidad, están pasivamente ciegos en su sometimiento a un determinismo que, en efecto, deja al hombre completamente irresponsable. Por eso es que las decisiones y los compromisos morales ahora carecen prácticamente de sentido. A lo más, son formas de palabras, racionalización de decisiones pragmáticas dictadas por las necesidades del momento.

Desde que nadie es un materialista absolutamente sin principios, aún en Rusia, es menester que haya algún sentido moral funcionando, siquiera, como un sentido de culpa

que produzca inquietud y dudas, que obstruya la eficiente suavidad de la obediencia maquina a los dictados inmorales. Todavía nos muestra la historia de la Alemania nazi, cuán espantosa fue la irresponsabilidad que llevaría a cabo los más repugnantes crímenes, bajo el pretexto de "obediencia" por una "buena causa". Esta pasividad moral es el peligro más grave de nuestro tiempo, como lo han señalado los Obispos americanos, en sus cartas conjuntas de 1960 y 1961.

En el campo de la actividad política, económica y militar, esta pasividad moral está compensada o sobrecompensada por un *activismo demoníaco*, un frenesí de las más variadas, versátiles, complejas y aun brillantes improvisaciones tecnológicas, que se suceden unas a otras con una proliferación aún más descarriada e incontrolable. Los políticos pretenden disponer de esta fuerza, enjaezarla para sus propósitos sociales por el "bien del hombre". La intención es buena. Actualmente, el desarrollo técnico del poder es por cierto un riesgo y un desafío, pero no lo hace intrínsecamente malo. Por el contrario, puede y debería ser un bien muy grande. Sin embargo, en el hecho, la velocidad con que nuestro mundo tecnológico se está precipitando hacia el desastre, pone en evidencia que ya nadie está plenamente en control y esto incluye a los líderes políticos.

Un estudio simple de los pasos que condujeron a arrojar la primera bomba atómica en Hiroshima, constituye una evidencia devastadora de la forma en que hombres bien inspirados de una victoriosa nación —científicos y líderes— fueron llevados paso a paso— sin percatarse de ello— por la inescrutables aunque simple "lógica de los hechos" a efectuar el disparo que haría inevitable la guerra fría y que prepararía inexorablemente tal vez, el camino para una III Guerra Mundial. Esto lo hicieron pura y simplemente, porque pensaron con sinceridad, que la bomba era el medio más simple y más piadoso para terminar la segunda guerra y tal vez, con todas las guerras para siempre.

La tragedia de nuestro tiempo no es pues tanto la maldad de los perversos, cuanto la desamparada futilidad aun de las mejores intenciones de "los buenos". Existen, desde luego, traficantes de la guerra. Están presentes y activos en *ambos lados*. Mas, todos nosotros, en nuestros mejores esfuerzos por la paz, nos hallamos inconscientemente situados en posiciones donde también podemos actuar como criminales de guerra. Porque no puede haber duda de que —aunque no completamente deliberados— los de Hi-

roshima y Nagasaki fueron crímenes. ¿Y quién es el responsable? Nadie. O la "historia". No podemos continuar jugando con fuego nuclear, desdeñando los resultados como "historia". La historia no nos hace; nosotros la hacemos a ella o la terminamos.

En simples palabras, para salvarnos de la destrucción, debemos tratar de reconquistar el control de un mundo que se está precipitando, sin frenos cuesta abajo, por la combinación de factores. Esto ya lo he mencionado: pasividad e irresponsabilidad casi total, en el terreno moral, más activismo demoníaco, en la vida social, militar y política. Parece que el remedio fuese frenar nuestra actividad, especialmente toda aquella concerniente a la producción y pruebas de las armas de destrucción, dando realmente marcha atrás y haciendo cualquier esfuerzo por negociar un desarme multilateral.

Esto podría ser de gran ayuda, aunque no sea más que un paliativo, no una solución. Sin embargo, *al menos* es factible y debiera ser tratado a toda costa, aun del mayor riesgo y sacrificio. Para nosotros —como nación— no es moralmente lícito rehuir este riesgo sólo porque nuestra economía depende ahora de este esfuerzo de guerra. Por el contrario, que nuestra seguridad nacional descansa sobre esta substancial fuente de ingresos y provechos, difícilmente califica de cristiana.

Tan importante —y tal vez aún más dificultoso que el desarme— es la restauración de un sentido moral y el restablecimiento de una genuina responsabilidad. Sin ello es ilusorio que hablemos de libertad y de "control". Desgraciadamente, donde todavía los principios morales son contemplados con algún respeto, la moralidad ha perdido contacto con las realidades de la situación. Los moralistas tienden a discutir los problemas de la guerra atómica, como si los hombres peleasen todavía con arcos y flechas. La guerra moderna es sostenida tanto por hombres como por máquinas. Una parte importante de su planeamiento, depende del trabajo de computadores mecánicos. Una dimensión enteramente nueva ha sido abierta por los fantásticos procesos de la técnica desarrollada. Un presidente americano puede hablar de guerra en el espacio y nadie va a estallar de risa. Hoy en día es perfectamente serio. Las tiras cómicas y la ciencia ficción se han transformado, repentinamente, en cosas verdaderas. Cuando se dispara un proyectil, equipado con una bomba H en su cabeza, el objetivo es una ciudad entera; el número de víctimas es estimado en "megacuerpos" —millones de seres humanos muer-

tos. Y mil o diez mil más o menos, no significan nada para el comentario. Bajo estas condiciones ¿pueden tener algún significado serio las decisiones elaboradas por los escolásticos teólogos de los días del combate mano a mano? ¿Podemos asumir que, en una guerra atómica, tales condiciones serán tenidas en cuenta? Indudablemente que no. Y para hacer esto aun más claro, las explícitas y formales declaraciones de los gobiernos, que no dejan dudas de que lo que se intenta es simplemente la destrucción completa e indiscriminada.

En una guerra atómica, no es cuestión de permitir un mal: la destrucción de viviendas civiles, para alcanzar un legítimo fin: la destrucción de un objetivo militar. En ambos lados se comprende que la guerra atómica es, pura y simplemente, una destrucción masiva e indiscriminada de los objetivos elegidos, no sólo por su importancia militar, sino que también por su significancia en un calculado proyecto de terror y aniquilación. La elección de tal objetivo está a menudo, determinada por circunstancias accidentales o secundarias, que no guardan la más remota referencia con la moralidad. Hiroshima fue elegida, entre otras cosas, porque no habiendo sufrido todavía un bombardeo de consideración, constituía un objetivo intacto para proporcionar una cabal idea de la efectividad de la bomba.

Debe admitirse francamente que algunos comandantes militares de la II Guerra —por ambas partes— despreciaron los standards tradicionales que todavía eran efectivos. Los alemanes los arrojaron por la borda, con las bombas descargadas sobre Varsovia, Rotterdam, Coventry y Londres. Los aliados replicaron en igual medida, con la lación descontrolada de la vida humana “no nia, Dresden y Berlín. Nadie deseó polemistas que justificasen tales crímenes contra la humanidad. Y ahora, cuando los “expertos” tranquilamente analizan la posibilidad que Estados Unidos sobreviviera de una guerra si “sólo cincuenta millones” (!) fueran muertos; cuando los chinos sostienen que pueden “disponer” de trescientos millones y “seguir adelante todavía”, es obvio que ya no vivimos una situación donde la verdad moral es concebible.

El único curso que queda, es trabajar francamente y sin compromisos por la abolición total de la guerra. Todos los pronunciamientos de la Iglesia se dirigen a ello, como única solución final. El primer deber del cristiano debe ser, entonces, ayudar a plasmar este pensamiento asumiendo que toda guerra nuclear, bacteriológica o química es inaceptable

como solución, para los problemas internacionales, porque significa la destrucción del mundo. Sencillamente no hay un “fin bueno” que permita riesgo tal, en el terreno del sentido común.

A esta altura, alguien dirá: “La Iglesia no ha condenado la guerra nuclear”. Primero que nada, no es necesario condenar algo que ya, obviamente, afronta la condenación por su propia naturaleza. Guerra total es asesinato. El hecho que la Iglesia tolere la guerra limitada y aun, teóricamente, el uso limitado de armas nucleares “tácticas” para propósitos defensivos, no significa que ella abogue por la matanza indiscriminada de civiles y militares. En 1954, el Papa Juan dejó esto perfectamente claro. Dijo: “Si las consecuencias diabólicas de adoptar este método de guerra llegaran a ser tan extensas que escapen completamente al control del hombre, entonces en verdad, su empleo debe ser rechazado como inmoral”. La aniquilación descontrolada de la vida humana “no es legal bajo título alguno”. Se polemiza mucho acerca de la expresión “completamente al control”. Si un missile con cabeza nuclear puede apuntarse para destruir Leningrado, en lugar de Helsinki ¿es eso suficiente como para ser denominado “control”? Uno duda de que esto fuese el pensamiento de Pío XII.

Podría ser posible hacer aceptar a la gente esto, en teoría, pero va a ser muy difícil en la práctica. Admitirán la teoría porque podrán decir que, realmente, “no desean una guerra en la que los agentes nucleares sean usados a toda escala”. Indudablemente nadie, quiere la destrucción de la raza humana o la de su nación; pero no admitirán la práctica, por que la política exterior descansa en agitar la amenaza de una destrucción nuclear. En un estado de tan desesperada seriedad, debemos afrontar el hecho de que el calculado empleo de tales armas como amenaza política, puede conducirnos eventualmente a una “guerra caliente”. Cada vez que se explota una nueva bomba hidrógena, cada vez que un líder sostenga la amenaza de poder lanzar esa bomba en las ciudades del enemigo, nos estamos acercando más al día en que los proyectiles comiencen a cruzarse en su camino, a través de los océanos y el casquete polar.

El peligro debe encararse. Quienquiera que encuentre excusa para este aventurado juego político; quien racionalice cada decisión adoptada por el oportunismo político, y la justifique, debe detenerse a pensar que está cooperando con el mal mismo. Nuestro deber es, por el contrario, poner énfasis con toda la fuerza a nuestra disposición, en que

la Iglesia busca ansiosamente la abolición de la guerra; debemos resaltar aquellas declaraciones como las del Papa Juan XXIII, en que ruega a los líderes mundiales para que renuncien a la fuerza en el arreglo de sus disputas internacionales, ateniéndose sólo a la negociación.

Supongamos que los líderes, apoyados por los pueblos de sus países y empujados progresivamente por preparativos bélicos cada vez mayores, se vean precipitados inexorablemente a una guerra de desastrosas proporciones. Supongamos como moralmente cierto, que esos líderes sean incapaces de detener la fuerza ciega del proceso que irresponsablemente ha sido puesto en movimiento ¿entonces qué? ¿Van a resignarse los pueblos del mundo —incluyendo a Ud. y a mí— a su destino, lanzándose a un suicidio global sin resistencia, agachando sencillamente la cabeza y obediéndoles como si aceptasen “la voluntad de Dios”? Evidentemente nadie debiera seguir aceptando ésto —en forma inequívoca— como expresión de obediencia cristiana y deber cívico.

Esto nos trae, por el contrario, a enfrentar la triste y agonizante situación moral de nuestro tiempo. Situación que no es sólo la de una guerra nuclear, ni tampoco la posible destrucción de la raza humana por una explosión de súbita violencia. Es algo más sutil y perverso. Si continuamos cediendo al teórico determinismo irresponsable y a las vagas “fuerzas históricas” sin empeñarnos por resistirlas y controlarlas; si dejamos que estas fuerzas nos conduzcan hacia un activismo demoníaco en el campo de la política y la tecnología, estaremos encarando algo más que el mal de la destrucción universal: la responsabilidad moral de un suicidio colectivo. Nos encontraremos avanzando gradualmente hacia una situación en la que vamos a estar constreñidos por la “lógica de las circunstancias” a elegir deliberadamente el curso que lleva a la destrucción.

Conocemos la lógica de la tentación. Conocemos la irresponsabilidad dudosa, vaga, que nos conduce a una situación donde no nos es posible volver atrás; cómo, llegados hasta esa situación, tenemos aún un instante de lúcida desesperación, en el que tomamos libremente el curso de aquello que reconocemos malo. Bien podría ser ésto lo que le está sucediendo al mundo. La aniquilación de la raza humana es un mal enorme, pero en sí, un mal físico. Pero, la libre elección de un suicidio global —tomada en la desesperación por los líderes, con el consentimiento y la cooperación de sus ciudadanos— sería un mal moral, sólo secundario a

la crucifixión. Que tal elección sea decidida con los más altos motivos y los más urgentes propósitos, no la mitigaría. Que sea tomada como un juego, en la esperanza de que algo pueda escapar, jamás lo excusaría. Después de todo, los propósitos de Caifás fueron, a sus ojos, perfectamente nobles. Puesto que era necesario dejar “morir a un hombre por el pueblo”.

Por esto, la necesidad más apremiante de nuestro tiempo es, no sólo, prevenir la destrucción de la humanidad por una guerra nuclear. Si sucediera que ya no es posible evitar este desastre (que Dios lo impida), existe todavía un mal mayor que debe y puede ser prevenido. Debe ser posible a cada hombre libre, rehusar su consentimiento y denegar su cooperación en estos grandes crímenes.

¿En qué consiste esta negativa manifiesta de consentimiento? ¿Cómo puede uno resistir a este pecado de genocidio? ¿Cómo pueden los conscientes impugnadores del suicidio en masa, manifestar su objeción y su negativa a cooperar? Idealmente hablando, en el caso hipotético de que una guerra pareciera inevitable —y los líderes mundiales moralmente incapaces de prevenirla—, debería ser legítimo y aun obligatorio a todos los hombres sanos y conscientes de cualquier parte del mundo, de deponer sus armas y herramientas, y morir de hambre o fusilados antes de cooperar al esfuerzo bélico. Si tal movimiento despertara en todas partes del mundo, en Rusia y América, en China y Francia, en África y Alemania, la raza humana se salvaría de la extinción. Esta es una atractiva hipótesis —pero nada más que eso. Es una locura suponer que hombres, hasta ahora pasivos, inertes, moralmente indiferentes e irresponsables, puedan repentinamente recuperar su sentido de obligación y la conciencia de su poder, cuando el mundo esté al borde del conflicto. Ya hemos alcanzado ese punto. ¿Y quién dice: “¡No!”, excepto por unos pocos individuos mirados como excéntricos por los demás?

Es necesario que formemos conciencia en relación con nuestra cooperación, en el esfuerzo que amenaza arrojarnos en la destrucción universal. Debemos convencernos que hay ciertas cosas, claramente prohibidas a los hombres, como el uso de la tortura, el asesinato de rehenes, el genocidio (o la exterminación masiva de grupos raciales u otros, por la sola razón que pertenecen a una categoría “indeseable”). La destrucción de centros civiles por el bombardeo de aniqui-

lación nuclear, es genocidio. Debemos estar alertas al efecto ponzoñoso de la masa que guarda crueldad, violencia y sadismo, presentes en la mentalidad de irresponsables. Debemos dar a conocer a todo el mundo el peligro de que, hoy en día, la vida económica de las naciones más desarrolladas está centrada vastamente en la producción de armas, proyectiles y otras maquinarias de destrucción. Tenemos que considerar que la propaganda de odio, la hostilización consistente y las acusaciones de un gobierno a otro han conducido inevitablemente a un conflicto violento. Tenemos que reconocer las implicaciones que existen en votar por políticos que promueven tales campañas.

Estas son las actividades que, en vista de sus posibles consecuencias, son demasiado

absurdas y peligrosas para ser moralmente tolerables. Si cooperamos en estas actividades, compartimos la culpa en que ellas incurren delante de Dios. Ya no es razonable ni correcto dejar todas las decisiones a una élite, vastamente poderosa, que nos está llevando a todos —en nuestra pasividad— hacia la ruina. Es preciso que nos hagamos oír. Los cristianos tienen la grave responsabilidad de protestar clara y forzosamente en contra de las tendencias que guían inevitablemente a los crímenes que la Iglesia condena y deplora. Ya no se pueden permitir dudas, ambigüedades ni compromisos. La guerra debe ser abolida. Debe establecerse un gobierno mundial. Aun tenemos tiempo para hacer algo al respecto, pero el tiempo se está escapando rápidamente.

Los Diputados demócratas cristianos nos sentimos orgullosos de que un Ministro del Partido Copei haya realizado la Reforma Agraria en Venezuela, donde actualmente existen cien mil nuevos campesinos, que son propietarios de sus tierras.

Por eso, lamento mucho que el Honorable señor Cademártori se haya basado, para afirmar que el Banco Interamericano de Desarrollo es instrumento del imperialismo norteamericano, en el hecho de que haya prestado cuarenta y cinco millones de dólares a Venezuela. ¿Qué podríamos decir de Polonia, país al cual este imperialismo le ha prestado doscientos millones de dólares? ¿Qué podríamos decir del Gobierno comunista yugoslavo, que ha recibido en préstamo la suma de quinientos millones de dólares? Entonces resulta que, cuando a los gobiernos sudamericanos se les presta, pasan a ser sirvientes y cuando se les presta a los gobiernos populares (reconozco que son populares, a pesar de no estar de acuerdo con sus formas de Gobierno), no lo son.

Decimos los Diputados demócratas cristianos que el Gobierno del señor Betancourt está realizando una gran labor social, dentro de la libertad, y que nos sentimos ideológicamente representados por el Partido Copei, en ese Gobierno, que está llevando adelante la Reforma Agraria dentro de la Democracia.

(Palabras del Diputado, Alfredo Lorca Valencia, en la Cámara, como respuesta al Diputado comunista, José Cademártori).

La Cogestión, la Copropiedad y la Enseñanza Social de la Iglesia

Dr. WILHELM DREIER

1.—POSICION DE LOS TRABAJADORES EN EL SENO DE LA SOCIEDAD ECONOMICA INDUSTRIAL

a) Lucha por la seguridad de existencia en la proletarización.

Hay que considerar como uno de los capítulos más sombríos de la historia la iniciación de la era industrial que se caracterizó por una falta total de solidaridad, por una oposición entre capital y trabajo, entre empleadores y trabajadores.

Sin ánimo de insistir sobre la responsabilidad del liberalismo económico, es preciso retener, de la historia del siglo XIX, la comprobación siguiente: La proletarización de los trabajadores es una consecuencia del golpe asestado a la dignidad del trabajador, al colocar hombres, mujeres y niños en la categoría de objetos, y al convertirlos en mano de obra cuyo precio depende de la oferta y la demanda. De este modo se situaba al Hombre al mismo nivel que la mercadería, que el capital, como un mero factor de producción.

Para millones de trabajadores —su número aumentó rápidamente en pocos años y alcanza ahora a más del 80% de la población— el sentido del trabajo desaparecía, pues, con el crecimiento de la población y la oferta demasiado abundante de mano de obra, se llegó, en materia de remuneración, al límite del mínimo vital.

La "ley de bronce de los salarios" de Ferdinando Lasalle encontraba su justificación en la situación existente dentro de lo económico y lo social. Ya en 1823, el periódico "Der Katolik" de Maguncia escribía: "Es una peligrosa experiencia, porque clama venganza al cielo, esto de dividir enteramente a la sociedad humana en dos clases, en disfrutadores y en mendigos hambrientos, en hombres y en ganado, en ricos y pobres".

b) Salvaguardia de la solidaridad bajo la protección de la política social del Estado, en un clima de lucha de clases.

La desproletarización, es decir la acción tendiente a abolir las clases sociales, políticas y económicas, ha tomado la forma de una lucha incesante por el reconocimiento del trabajador como participante de la vida económica y social.

El hecho de que la mayoría de los trabajadores europeos haya sabido adoptar una actitud realista y, después de desviarse de la utopía del capitalismo liberal tan catastrófico para ella, no se haya dejado arrastrar por esta nueva utopía del marxismo, debiera servir de lección a quienes ponen en duda la capacidad y voluntad de vastos sectores de trabajadores en cuanto a asumir sus responsabilidades.

Un año antes de publicarse el manifiesto comunista, en 1847, el dirigente católico Renato Peter Franz Reichensperger, había lanzado la siguiente advertencia: "Quién puede garantizar que no habrá un nuevo Espartaco que, como hace 1900 años, gritará a los proletarios: "Si tenemos la fuerza del gran número, si casi toda la humanidad es esclava de una banda que goza y abusa de todo, ¿quién nos impedirá sublevarnos, y extender los brazos a través de este mundo clamando a los Dioses para que elijan entre nosotros y nuestros opresores?". Un año más tarde Karl Marx se presentaba como el nuevo Espartaco: "¡Que las clases pudientes tiemblen ante una revolución comunista! Los proletarios nada tienen que perder como no sean sus cadenas, pero tienen un mundo por ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!" (Manifiesto comunista de 1849).

El que esta unión de las masas trabajadoras de todos los países industrializados no se hiciera bajo el signo y a nombre del marxismo y no acabara, para el conjunto de la sociedad, en la dictadura roja y en el des-

que es nuestro deber continuar, la tradición de una política sindical cristiana a la cual tantos teóricos católicos y evangelistas han conferido, desde entonces, el prestigio de su actividad. El Estado tuvo la feliz iniciativa de levantar la prohibición de coalición y de no rehusar su protección a una clase obrera que tendía a participar en las responsabilidades y pedía ser tratada en un pie de igualdad.

c) La co-responsabilidad de los trabajadores en la edificación de un orden social, político y económico.

Así como el predicador evangelista Adolf Stocker que consagró su vida a las justas reivindicaciones del "cuarto estado", y como Mons. Ketteler, que entendía hacer del trabajador (que empeña a diario un pedazo de su existencia al lado del capital inerte) un copropietario, del mismo modo el movimiento cristiano social, en su conjunto, está animado por un gran ideal y por un esclarecido anhelo de reformas sociales.

El hecho de renunciar a una reforma radical de la economía iniciando, por ejemplo, un sistema basado en la creación de cooperativas de producción, ha contribuido asimismo a la toma de conciencia de los trabajadores. En 1891, en su Encíclica *Rerum Novarum*, León XIII declaró que el contrato social como tal era moralmente defendible, siempre que asegure un salario justo. Esta toma de conciencia fundamental no dio origen a una revolución social que hubiese podido conducir a utopías. Muy por el contrario, ella marcó el comienzo de la difícil labor de formación personal que habría de poner fin a la condición proletaria de los trabajadores y permitirles el acceso a la co-responsabilidad en materia social, política y económica.

Al mismo tiempo se inició también la lucha por el reconocimiento del trabajador como un participante con derecho a salario preciso del derecho de gentes, es uno de los títulos de gloria del mundo del trabajo. Y si el comunismo ha logrado establecer un régimen amenazante en la mitad del mundo, no lo debe, por cierto, a la ciega adhesión de las masas.

La toma de conciencia de los trabajadores tendía —salvo algunas minorías radicales— hacia una participación real y una auténtica solidaridad; ella reclamaba la seguridad de existencia y la salvaguardia de la dignidad humana aún dentro de las condi-

ciones de un trabajo técnico a menudo enervante. Bajo este clima nació la tradición justo y a un lugar equitativo en las empresas privadas, en la economía y en el Estado. Hoy día puede decirse que, en general, los trabajadores están liberados de las trabas de la condición proletaria.

No sólo la elevación lenta pero segura, a pesar de todas las crisis, del nivel de vida, sino mucho más todavía la labor incesante de promoción personal, ha permitido el acceso de trabajadores a importantes cargos en el Estado y la economía, y ha dado un estatuto a las organizaciones sindicales, lo cual es de la mayor importancia para la edificación de un orden social valedero. Los sindicatos cristianos no deberían considerar su rol de salvadores de la sociedad y del hombre, al que siguen dedicándose con éxito, con una modestia que no viene al caso. Han asegurado un standard más elevado a las clases laboriosas y, gracias a su acción espiritual, han ayudado a los trabajadores cristianos a adquirir un alto concepto de su profesión y de su ambiente, a diferencia de las concepciones materialistas e inescrupulosas de otras esferas.

De este modo, no se origina simplemente una nueva reivindicación en pro de la cogestión y de la co-responsabilidad en la economía formulada, digámoslo así, por estrategia sindical o con una finalidad de poderío político. La cogestión y la co-responsabilidad son mucho más que eso: implican el mantenimiento de una evolución que nos ha preservado de la revolución marxista. Los proletarios no se han convertido en revolucionarios rojos, sino en trabajadores que tienen su sitio como socios en la economía.

Sólo partiendo de una concepción seme-

jante —única alternativa del socialismo marxista— podrán los productos de la economía, vale decir el haber y la utilidad, traducirse en una justa distribución, y el desarrollo de la economía, fruto de una estrecha colaboración entre el trabajo, el capital y el esfuerzo del empresario, podrá concretarse bajo formas que otorguen plenamente el derecho a la dignidad de la persona humana y que se distingan por el concepto cristiano del trabajo y de la profesión. Es así, dentro de este cuadro, como deben enfocarse la cogestión, la co-propiedad y la co-responsabilidad, todas las cuales son reivindicadas por las organizaciones sindicales cristianas para establecer una sociedad y un orden económico cristianos.

2.—COGESTION Y CO-RESPONSABILIDAD: ASPIRACION DE LOS TRABAJADORES QUE HAN ALCANZADO LA MADUREZ.

En el curso de debates internacionales se han abordado los siguientes campos, relativos a la cogestión de los trabajadores: Problemas sociales, personales y económicos dentro de la empresa y en el plano de la economía general.

Los problemas personales son los que conciernen a la persona de los trabajadores, sus derechos y deberes, el valor del trabajo personal como medio de promoción de la persona, encarados según el concepto cristiano del trabajo y con la visual personalista cristiana, es decir, teniendo en cuenta el destino divino del hombre.

Los problemas sociales están más o menos ligados a los asuntos personales con respecto a la empresa y a la economía. Una serie de instituciones sociales, llamadas a servir al trabajador y a su familia, han nacido en base a la empresa.

Los problemas económicos, por muy estrechamente unidos que estén a los asuntos personales y sociales, atañen a la verdadera finalidad de la empresa cual es la producción de bienes y de servicios. Se trata aquí de materias que tocan a veces muy de cerca al trabajador (rendimiento y posibilidades competitivas, riesgos inherentes a la empresa, utilización racional de los factores de producción entre los cuales también figura el trabajo).

3.—JUSTIFICACION DE LA COGESTION EN LA EMPRESA.

a) Definición formal de las nociones de colaboración, de cogestión y de co-responsabilidad.

Para situar adecuadamente el problema, conviene recordar ante todo las diversas interpretaciones que se dan normalmente en los debates internacionales a la noción de "participación".

Para comenzar, hay que distinguir claramente entre "colaboración" y "cogestión": la colaboración del trabajador es algo que cae de su peso y que se encuentra también en la empresa privada por el hecho de estar incluida entre los distintos factores de producción. Sin embargo, sea cual fuere la parte que incumbe a los trabajadores en las decisiones corrientes o extraordinarias de la empresa, es esencial que estas decisiones sean tomadas únicamente por el empleador. Pueden concebirse diversos niveles de colaboración, desde el simple hecho de escu-

char, pasando por la obligación de instruir a los trabajadores, hasta la deliberación en común. No obstante, son excluidas: todas las formas de determinación y de cogestión y en especial la subordinación de las decisiones adoptadas al acuerdo unánime de todos los que participan en la comunidad existente a base de la empresa. Estas últimas son, en realidad, características de la verdadera cogestión.

b) La co-determinación en los problemas personales y sociales.

De la colaboración entre el trabajo, el capital y el esfuerzo del empleador en pro de una seguridad de existencia en común dentro de una estrecha interdependencia, así como del valor del trabajo en cuanto a instrumento de promoción humana de los trabajadores desproletarizados, nace un derecho a la cogestión en todos los terrenos que incumben a la persona del trabajador y a sus necesidades sociales. Si la idea, desde el punto de vista cristiano, de una completa sujeción de los trabajadores al poder ilimitado del patrón ha sido siempre condenable, no hay duda que en una época como la nuestra, que presencia el triunfo de los conceptos solidarios en materia de repartición del trabajo y del producto social, no hay sino una solución defendible: la de una participación real, en la dirección de la empresa, de todos sus miembros y especialmente de aquellos que comprometen su propia existencia y la de su familia en esta común actividad productora.

Las cuestiones personales y sociales, sin embargo, no plantean solamente problemas de salario y de propiedad en cuanto a problemas de repartición y coordinación: por lo menos en igual medida, a ellas les incumbe el proceso del trabajo. Racionalización, tiempo, organización, para citar sólo algunos, son asuntos ligados a la técnica y a la obtención de la máxima ganancia. Pero también conciernen al obrero porque se relacionan, por ejemplo, con la instalación adecuada del lugar de trabajo, considerado o no como condición de trabajo exigible, así como con el acceso a los cargos directivos dentro de la empresa. Conciernen al obrero de mayor categoría salido de una condición proletaria donde vegetaba y que día a día compromete en la empresa "una parte de su vida al lado del capital inerte" (Mons. Ketteler). Por muy importante que sea el poder de decisión de una directiva consciente de sus responsabilidades, es igualmente importante el derecho de cogestión y de co-responsabilidad de los trabajadores, si se quiere evitar, mediante una colaboración esclareci-

da, tanto la subordinación completa al poder del Estado-Providencia como el mantenimiento de situaciones injustas, incompatibles con la dignidad humana.

Si bien es cierto que las decisiones económicas en la empresa conciernen no solamente al capital (su aumento o disminución) sino también a la existencia de los trabajadores y sus familias, sin embargo no puede dejar de reconocerse al empleador un derecho real de propiedad. De ahí que no se pueda pasar de golpe a una propiedad y, por otra, sin transformar el contrato de trabajo en "contrato social". La tradición de las organizaciones sociales cristianas nos proporciona el ejemplo de las cooperativas de producción. En una época esta institución despertó entre ciertos reformadores sociales cristianos de Europa la esperanza de poder eliminar la contradicción entre capital y trabajo mediante la abolición del contrato de trabajo. Pero el sistema de propiedad cooperativa de las grandes empresas en el siglo XIX tuvo una existencia efímera.

Se han dado ejemplos de una política social ilustrada —el sociólogo alemán Franz Hitzse ha dado un testimonio vivo— basada en el contrato de trabajo (considerado moralmente defendible por el Papa León XIII), sin que jamás se haya abandonado, no obstante, en el curso de los últimos ciento cincuenta años, la idea de copropiedad de los trabajadores.

Si, del contrato de trabajo como tal, de la empresa como institución comunitaria importante, de la paridad fundamental entre trabajadores y empleadores no puede inferirse un derecho de cogestión en el verdadero sentido de la palabra, el bienestar común y la independencia social de la capacidad de producción exigen en todo caso una cogestión de los trabajadores que pueda llegar al control justificado y a veces al control crítico de importantes decisiones económicas dentro de la empresa.

En el caso de cierre o de importantes modificaciones de la empresa que afecten profundamente la existencia del trabajador y de su familia, un derecho de co-decisión (algo en el estilo de lo que existe en Alemania) debería ser legalmente reconocido. De este modo, no solamente se neutraliza la desconfianza de los trabajadores que procede del período capitalista y del hecho de haberseles considerado como simples factores de producción al servicio de la rentabilidad y crecimiento del capital: Tal derecho de cogestión y de co-responsabilidad frena la marcha hacia un socialismo económico dentro de una burocracia estatal todopode-

rosa. El desarrollo de los estados industriales modernos parece, sin embargo, darles la razón a quienes profetizaban, con Schumpeter, una omnipotencia estatal semejante cuando el mecanismo del mercado no lograra un aumento de la producción, el pleno empleo ni la estabilidad de la moneda. No escapará al observador atento —sobre todo al de la economía alemana— el desarrollo, en la actualidad, de tal actividad por parte del Estado, prescindiendo de la responsabilidad personal en materia económica o a consecuencia, precisamente, de las faltas registradas en este terreno.

Pero también en otros países el Estado interviene en el momento y lugar en que se producen crisis de empleo, de producción, en períodos de circunstancias extraordinarias o de expansión económica.

La cogestión y la co-responsabilidad tal como las reivindicamos aquí ¿no permitirían acaso descargar al Estado de una gran parte de sus responsabilidades en determinados momentos?

Así, en lugar de que la economía se vea cada vez más dominada por un dirigismo —típico síntoma de una creciente socialización de la vida económica— se llegaría a una colaboración solidaria, basada en la responsabilidad personal, sin menoscabo de los derechos de los propietarios ni de los deberes que emanan del contrato de trabajo.

Si estas observaciones son válidas para las empresas de la economía en general, es preciso, sin embargo, al considerar una cogestión económica que se extiende a los asuntos corrientes de una empresa, hacer una distinción entre la sociedad anónima y la empresa privada —sobre todo aquella que está dirigida y controlada por el empleador mismo al que se aplica esta declaración de S. S. el Papa Pío XII (mayo 7, 1949): "El propietario de los medios de producción, sea quien sea, debe siempre, dentro del marco del derecho público y económico, ser dueño de sus decisiones económicas". Esto constituye una limitación de la cogestión por causa del derecho natural de propiedad y del derecho a disponer de ella libremente, a pesar de las tensiones sociales.

La práctica alemana del derecho de cogestión, y también la de otros países europeos, ha respetado siempre hasta ahora esa limitación, aun cuando los sindicatos socialistas reivindiquen para los trabajadores iguales derechos con los empleadores en la dirección común de la empresa.

Esta reivindicación tiende a cambiar la condición de asalariado por la de socio y constituye, por el mismo hecho, una limita-

ción tan importante al derecho de usufructo de la propiedad de producción que el derecho de propiedad como tal está en juego.

A fin de no caer en un concepto erróneo y utópico del orden, al reivindicarse una cogestión económica en empresas dirigidas por el empleador propietario, se debería respetar el derecho de propiedad y de libre usufructo.

Los empleadores progresistas tendrían que considerar la fundada aspiración de los trabajadores desproletarizados hacia una mayor seguridad y un mayor respeto de su dignidad humana, hacia su reconocimiento como participantes y hacia un derecho de iniciativa personal en las empresas donde trabajan. Esta aspiración merece una atención tan vigilante como el peligro de un cambio revolucionario y económico proveniente de la tendencia contraria que preconiza la lucha de clases. La práctica parece probar que allí donde, por ambas partes y sin intervención extraña ni asomo de socialización, el honesto deseo de justicia ha logrado iniciar una verdadera asociación en el plano de la empresa, se ha alcanzado no sólo una amplia colaboración sino también una cogestión y una co-responsabilidad verdaderas.

La necesidad de favorecer la constitución de propiedad en la masa, última etapa de la desproletarización, ha podido en esas empresas discutirse libremente y aún dar origen a soluciones prácticas.

En cambio, la situación es muy distinta donde la propiedad y el derecho a determinación son fraccionados, donde ciertos grandes accionistas buscan el logro de sus intereses mediante el privilegio de la responsabilidad limitada, sin ocuparse de los anhelos de pequeños copropietarios y trabajadores.

El concepto social cristiano puede reconocerles a los trabajadores de este tipo de empresa, administrada por apoderados legales (gerente), un derecho de cogestión igual al de los propietarios de acciones. Responsabilidades e intereses de los propietarios pueden colocarse en el mismo pie que los riesgos e intereses de los trabajadores. En estas empresas puede hablarse de una "función rectora y ejecutiva" con respecto al capital.

Además, no se sabe muy bien por qué la competencia para tomar determinaciones habría de estar reservada únicamente al jefe de la empresa y no pueda hacerse extensiva a los trabajadores que se saben ligados a la empresa con su propia existencia y la de su familia.

La participación en "la función común para el bien común" debería, dentro del marco del derecho económico de cogestión, asegurar a los trabajadores una calidad de asociados a la dirección de la empresa. Hasta ahora, la solución dada en Alemania al problema de la cogestión en el campo de la industria siderúrgica confronta teóricamente esta reivindicación, sin que sea preciso entrar a discutir aquí los errores y efectos negativos de la legislación alemana relativa a la cogestión, ni la práctica, tal como aparecen no sólo en la ingerencia institucional y la explotación nominal de la economía, sino también en las faltas comprobadas del jefe de los representantes obreros.

Después de varios años de práctica se llega así, en muchos casos, a un resultado muy peligroso: la ingerencia exterior y la teorización de la cogestión comprometen seriamente la misión de la empresa para elaborar un status de asociado.

Siendo afectadas en muchos casos las relaciones entre empleadores y sindicatos por la teoría socialista de la lucha de clases, la cogestión a veces corre el riesgo de convertir a la empresa en teatro de controversias absolutamente incompatibles con la idea de asociación.

Muchos trabajadores, al participar en la dirección de la empresa, dejan de ser solidarios con la ingerencia sindical exterior y adoptan moralmente los intereses del empleador. También en estos casos la idea de la cogestión de los trabajadores puede considerarse como cosa muerta.

Esta práctica alemana de la cogestión parece que debe interpretarse menos como una desautorización de las aspiraciones de los trabajadores que como crítica a cierta estrategia sindical puesta al servicio de una ideología más o menos socialista.

No puede aceptarse tampoco una cogestión llevada a un grado tal que una cogestión necesaria —pero inexistente— en un nivel superior, fuese reemplazada por una dirección de la empresa extraña a ésta.

La cogestión en la empresa y la cogestión en un nivel superior marchan a la par y no pueden servir la aspiración de los trabajadores hacia una cogestión verdadera si no se hallan estrechamente ligadas. Ellas deben completarse sistemáticamente mediante el acceso de los trabajadores a los bienes de producción a fin de descartar el último obstáculo posible al acceso a la propiedad.

4.—LA COGESTION COORDINADORA DE LAS EMPRESAS: UNA EXIGENCIA DEL BIENESTAR GENERAL.

Si los deseos y reivindicaciones en materia de cogestión se relacionaran directamente con el lugar de trabajo y tendieran a establecer una verdadera colaboración dentro de la empresa, el mundo del trabajo en su conjunto, se ve abocado a la tarea de llegar a una verdadera comunidad de producción, superando el antagonismo de clase. Este tipo de cogestión y de co-responsabilidades en un nivel superior debería figurar, como imperativo e internacional, entre los objetivos esenciales del programa sindical cristiano. He ahí un medio excelente de realizar el bienestar común dentro de la colaboración de todos. El control recíproco podría efectuarse mediante una vigilancia constructiva de las prácticas egoístas de ciertos grupos o sectores. En este orden de ideas, puede uno referirse a las experiencias llevadas a cabo en los Países Bajos, donde la cogestión en un nivel superior se ha desarrollado notablemente. Señalemos asimismo la colaboración de los trabajadores franceses en el Comisariato general para la planificación económica nacional como un paso adelante en la misma dirección. El Consejo Económico y Social previsto por la Constitución francesa se basa menos que el Consejo Económico de los Países Bajos en la colaboración paritaria de los trabajadores (1/4 de los miembros en París y 1/3 en La Haya), pero podría ir mejorando sistemáticamente.

Los ensayos realizados en Bélgica con las comisiones paritarias de obreros y empleados para el conjunto de la economía, y sobre todo la ley de la renovación de la economía que data de 1948 en virtud de la cual fueron creados el Consejo central de la economía y el Consejo nacional del trabajo, pertenecen a la misma línea. Holanda, Francia y Bélgica han mostrado, pues, el camino respecto de la cogestión en niveles superiores a la empresa (nivel profesional e interprofesional), sin por eso descuidar el trabajo en común en los consejos de empresas. Así, en una serie de países, y en el marco de la Comunidad Económica Europea, se han realizado ya numerosas experiencias que sería muy útil comparar. Tres puntos especialmente merecen atención:

1.—Una cogestión verdadera no es realizable sino trascendiendo la idea de lucha de clases. Un orden social verdadero, desligado de las utopías del liberalismo y de las tentativas colectivistas del socialismo puede estabilizarse sólo a base de colaboración

fructífera de trabajadores, empleadores y de los diferentes factores de producción. La solución del problema social, según la doctrina social cristiana, en una comunidad de producción organizada, plantea así una verdadera alternativa histórica a las proposiciones del liberalismo y del socialismo en quiebra. Ella reivindica justamente una cogestión de empresa que corresponda a la idea que se forme de ella una clase obrera adulta y responsable.

2.—La estabilidad económica y la seguridad social peligran hoy en día mucho más por la falta de solidaridad entre las distintas ramas de la producción, que por el comportamiento de empleadores despóticos o ávidos de lucro. La concentración, en el plano de la empresa como en lo que concierne el manejo de los medios de que disponen ciertos sectores especialmente productivos de la economía, debería asegurarse de preferencia, como factor de estabilidad, seguridad y libertad, dentro del marco de una cogestión coordinadora, antes que el Estado omnipotente sea llamado a intervenir con una reglamentación gubernista para imponer su propio orden.

3.—La solidaridad internacional, en reemplazo de la lucha de clases y de pueblos que durante siglos ha hecho estragos bajo el signo de un colonialismo e imperialismo incompatibles con el cristianismo, no es solamente un deber de los Estados y de sus administraciones. La solidaridad cristiana podría, mediante la cogestión en un nivel muy elevado —europeo, en una palabra— ayudar poderosamente en la solución de los problemas latentes.

Se trata en definitiva de repartir la riqueza. A falta de un orden solidario, de una verdadera cogestión plenamente responsable dentro del conjunto de la economía, a la cual se asociarían todos los grupos económicos, ¿quién nos garantiza que la ayuda económica no sea rebajada a la categoría de una transacción mercantil, sino que se conservará como ayuda que redundará en una mejor distribución en lo nacional e internacional? Como sindicalistas cristianos, impregnémonos de nuestro deber y saquemos las conclusiones prácticas: sin solidaridad nacional, (es decir sin gestión al nivel de la empresa y más allá, y sin co-responsabilidad) no habrá solidaridad internacional, ni garantía de libertad, ni posibilidad de sobrevivir a una dictadura comunista mundial!

(Concluye en el próximo número)

Socialización y Libre Iniciativa

JOSE AUMENTE

● A partir de la encíclica *Mater et Magistra* el tema de la socialización adquiere nueva importancia —al menos en nuestros medios “integristas”— y, sobre todo, hace posible su abierta discusión. Hasta entonces, ser “socializante” denigraba y era tanto como decir hereje. Ahora, el hecho de que la socialización sea aceptada por Juan XXIII y al mismo tiempo le reconozca muchas ventajas, representa un importante paso en la transformación de la ideología dominante. La socialización —afirma— “hace que puedan satisfacerse muchos derechos de la persona humana, particularmente los llamados económico-sociales, como, por ejemplo, el derecho a los medios indispensables para el sustento humano, a la salud, a una instrucción básica más elevada, a una formación profesional más completa, a la habitación, al trabajo, a un descanso conveniente, a la recreación” (III, 2).

El tema tiene su importancia, repetimos, porque todavía uno de los más usados argumentos para oponerse a la socialización y defender, en cambio, la estructura social de la libre empresa es el de afirmar que aquella interfiere en los valores de la persona humana, por cuanto dificulta la libre iniciativa individual. Frente a ella se han esgrimido y se esgrimen toda una serie de argumentos más o menos contundentes. Entre ellos, que la socialización tiende a convertir a los hombres en simples autómatas; que el hombre quedaría reducido a un número más, en el que sólo cuenta el servicio que presta a la producción nacional; que los sacros valores de la “persona humana” serían sacrificados al interés del Estado; que el hombre perdería, en definitiva, muchos grados de su libertad. Pero Juan XXIII, con su sano optimismo y clara visión del futuro, responde a la pregunta: “¿Habría que deducir que la socialización, al crecer en amplitud y profundidad, hará necesariamente de los hombres, autómatas? Es una interrogación, a la cual hay que responder negativamente” (III, 2).

● Es muy cara a la mentalidad dominante

la idea de que en nuestra sociedad burguesa está salvaguardada la libre iniciativa individual, y cada cual encuentra libre expresión a sus posibilidades. Tenemos muy grabada en nuestra mente la imagen de “los hombres que se hicieron a sí mismos”. Se dice y se pregona que en nuestra sociedad burguesa se puede triunfar por los propios medios, y que, luchando y sacrificándose para ello, el que vale termina abriéndose camino. Se habla mucho de aquellos casos ejemplarizantes de hombres nacidos en la nada y que alcanzaron la cumbre de la popularidad, el poderío y el dinero. Tal es así, que bajo la presión de esta ideología dominante, hasta la persona más normal se ve constreñida a sentirse valiosa sólo cuando tiene éxito social, y a menospreciarse cuando fracasa. Es decir, sólo el éxito social de una persona condiciona su autoaprecio.

Ahora bien; todos estos valores de “libertad humana” habría que, efectivamente, defenderlos con todo ardor, siempre que existieran verdaderamente. Pero se trata de uno de los muchos mitos que, a fuerza de prodigarse, acaban por suponerse reales. Ni siquiera desde el punto de vista psicológico es verdad esta imagen del hombre que se ha hecho a sí mismo. Toda posible demostración de este aserto se basa en la anécdota, en tal o cual caso conocido, pero es ajena a la verdad de los hechos y a los datos que presentan las estadísticas. Lo que no puede negarse, sin embargo, es la curiosa coincidencia de que aquellos que así argumentan se encuentran siempre en una situación ventajosa; es como si intentasen autojustificarse, cargando el acento sobre las cualidades exclusivamente “personales” que originaron sus privilegios.

El problema central, por tanto, es el siguiente: ¿Triunfa realmente el que “vale”, o son otras muchas las circunstancias que, dada nuestra actual estructura social, determinan el éxito del individuo? Contestar al mismo implica, previamente, responder a este otro: ¿A qué se llama triunfar en nuestra sociedad burguesa?

Es obligado que en una sociedad pecuniaria como la nuestra, regida por módulos

económicos y en la que el dinero es todopoderoso, los triunfos se midan por la ganancia que proporcionen. El estímulo universal para alcanzarlo se centra en cuanto significa "ganar más". De este modo se explica que el triunfo haya de lograrse en una especie de *mercado de la personalidad*, en el que ésta se pone en venta y alcanza su cotización. La altura conseguida por ésta define la propia magnitud del triunfo. Es decir, en definitiva, el valor que cada uno adquiere como persona radica en su *vendibilidad*; en que alcance una demanda altamente cotizabile. La finalidad que tiene el éxito del futbolista, torero, médico o abogado, no es otra que procurar venderse en el mercado profesional al precio más alto posible. Las cualidades objetivas podrán después corresponder o no al precio alcanzado, pero lo importante es persuadir a los demás de "lo mucho que se vale"; lo importante es que esta persuasión se consiga, bien irradiando confianza en sí mismo o mediante algún atractivo subsidiario. En resumen; en una sociedad de libre empresa, todo triunfo —independientemente de la índole que sea— se halla íntimamente ligado a la significación *comercial* que representa.

● En segundo lugar, ¿cómo triunfa el individuo? Lo importante, en este sentido, es estudiar la *estructura objetiva* de las oportunidades que la sociedad le ofrece. Luego vendrán, en otro plano, los rasgos personales que permiten a ciertos individuos explotar esas oportunidades objetivas. Por ejemplo, concretamente, para conocer el fenómeno de los multimillonarios en cualquier país, más importante es la estructura social y jurídica del capitalismo allí vigente, así como la corruptibilidad de sus leyes y agentes, que la primera infancia y el carácter de cada uno de los que hasta tales extremos se enriquecieron. Toda la supuesta energía, su sagacidad, el espíritu ahorrativo o el deseo de poder imaginables, de nada hubieran servido si las condiciones hubiesen sido distintas. Hay un mecanismo de la celebridad, como hay otro del enriquecimiento, pero ambos han de amoldarse a unas normas institucionales y sociales, que imponen sus reglas de juego. Nadie triunfa, pues, *haciéndose a sí mismo*, sino que, mucho más propiamente, de lo que se trata es de *sacar el máximo provecho de sí mismo*, utilizando las situaciones sociales que se le ofrecen.

Si queremos, pues, estudiar seriamente el problema, hay que esquivar los casos personales, anecdóticos, que nada demuestran, y atender, en cambio, a las leyes generales. Y la primera ley general de nuestra socie-

dad burguesa es que toda libertad y todas las oportunidades se encuentran en una relación directa con el dinero que se posee. La libertad existente consiste, por tanto, en hacer lo que se quiera dentro de las leyes, pero con la condición imprescindible de poseer el dinero necesario para hacerlo. Todo cuesta dinero. Si éste no se posee, no se podrá hacer lo que se quiera, ni siquiera aquello que está dentro de la ley.

Nadie puede negar, de este modo, que existe una importante coerción de tipo económico, tan intensa, que anula toda libertad en la forma de obrar. En nuestra sociedad, cualquier persona, por muy molesta, fastidiada y explotada en su trabajo que se encuentre, se halla imposibilitada de cambiar el mismo. Y ello, por la sencilla razón de que no dispone de posibilidades para arriesgarse al desempleo. Es absurdo, por tanto, hablar de esa espléndida libertad de oportunidades —de esa sacra y libre iniciativa individual que nos es propia— en tanto que no exista una *garantía general de subsistencia*, que autorice y permita el "riesgo" de poder cambiar de profesión. Y, sobre todo, mientras que la amenaza económica obligue al hombre a aceptar condiciones de trabajo contra su propia voluntad. Lo cual solamente será posible tras la socialización.

En definitiva, hay que reconocer que, en nuestra sociedad, todas las posibilidades de un hombre cualquiera por llegar a lo que pueda y quiera ser —por manifestar su personalidad— están determinadas económicamente. A su vez, el triunfo económico perverte y desvía a su favor cualquier noble afán de triunfo en el campo profesional. Es un círculo vicioso. La coerción económica limita todas las oportunidades. La enajenación económica destroza, después, valores más altos. El deseo de ganar dinero y la situación social significan demasiado entre nosotros, pero ello es así porque la estructura social vigente exige que sea de este modo.

● Veamos ahora cuáles son las posibilidades objetivas que en nuestra sociedad occidental se ofrecen al hombre para esta su "mejor iniciativa" y su "mayor triunfo": *enriquecerse*.

En principio, una advertencia previa: está demostrado que nadie asciende a las filas de las grandes fortunas por el procedimiento de simple ahorro del excedente de un sueldo. Es otro de los muchos tópicos dominantes. En cambio, y como el profesor norteamericano W. Mills ha señalado, siempre existen las dos siguientes característi-

cás, que son comunes a todos los enriquecimientos: el *gran salto* y la *acumulación de ventajas*.

a) Para que sea posible el *gran salto* se exige como condición imprescindible ocupar una buena situación estratégica. O sea no basta contar con un previo capital base, sino que mucho más importante es situarse en una buena posición que permita aprovechar la *gran oportunidad*. Esta gran oportunidad es la que facilita el acceso, el salto brusco, al gran capital.

b) Una vez efectuado este *gran salto*, el individuo comienza a participar en ese singular proceso, propio de nuestra sociedad burguesa, que consiste en la *acumulación de ventajas*. Es como un círculo vicioso de la prosperidad. A medida que más bienes se poseen, mayores y más seguras serán las posibilidades de acrecentarlos. En la misma proporción en que aumenta su crédito, más oportunidades podrá aprovechar y menos riesgos necesita arrostrar. Pero es que, además, no sólo se le aumentan las posibilidades objetivas, sino que simultáneamente lo hace —con toda la importancia que ello supone— la confianza psicológica y la voluntad de triunfar e imponerse. Es lo mismo, pero a la inversa, que el círculo vicioso a que se ve sometido el pobre, sin posibilidad alguna de salir de la miseria.

La realidad es, de este modo, que los que han ascendido a muy ricos siempre han sido políticos de las finanzas o individuos de camarillas importantes. Es decir, individuos situados en unas buenas posiciones que les permitieron emplear para fines personales esta ley de la *acumulación de ventajas*. Las estadísticas son absolutamente demostrativas en este sentido.

Por otra parte, las nuevas generaciones de los "muy ricos" se encuentran ya con esa *acumulación de ventajas* iniciada por el *gran salto* de sus antecesores. Como es sabido, Mills ha estudiado en este sentido las 275 personas más ricas en tres generaciones de los Estados Unidos. Aun en la primera generación —aquella de "los que se hicieron a sí mismos"— sólo el 39 por 100 de los muy ricos eran hijos de personas de clase baja. En la generación de 1925 bajó al 12 por 100, y en la de 1950 ha quedado en el 9 por 100. La riqueza, por tanto, tiende progresivamente a monopolizar las oportunidades nuevas en menos manos.

Finalmente, para que todo enriquecimiento sea posible, es necesario que los poderes públicos faciliten también, en buena parte, la tarea. Al fin y al cabo, los que consiguieron enriquecerse han tenido que va-

larse de las leyes vigentes para esquivarlas, para buscarle los rodeos adecuados; al mismo tiempo que han procurado, por todos los medios, que se dictaran aquellas leyes que mejor convinieran a sus intereses. Puede afirmarse, en definitiva, que siempre existe una especie de "protección de los poderes constituidos", y que se patentiza en una serie de condiciones que hacen posible que "se haga fortuna".

El Estado garantiza, si es necesario con la fuerza de las armas, el derecho a la propiedad privada ilimitada de los bienes de producción.

No sólo legaliza la existencia de las sociedades anónimas, sino también, mediante ciertos artilugios, facilita el empleo de muchos negocios simultáneos. Con ello se favorece la posibilidad de especular con el dinero de otras personas.

Ilegaliza el trust —en algunos países—, pero permite que una sociedad pueda tener acciones de otra.

En muchos casos, el Estado incluso contribuye con donaciones hechas a expensas de la riqueza pública.

● En definitiva, hemos visto cómo es falso ese principio, tan cacareado, de la libre iniciativa que todo hombre tiene, en nuestra sociedad capitalista, de manifestar todas sus posibilidades personales. Pero también lo es el opuesto de una sociedad socialista gregaria, de hormiguero, en la que todos los hombres son unificados bajo un mismo patrón y reducidos a simples *robots*.

Por el contrario, si esto último ocurre así efectivamente, lo es con mayor propiedad en la forma de producción de la empresa capitalista. En ésta, como muchas veces se ha dicho, el trabajo es enajenación. El hombre trabaja en ella por un salario, porque lo necesita para subsistir, pero teniéndole sin cuidado —y no sabiéndolo nunca— para qué sirve lo que hace, a quién beneficia, y qué sentido tiene. En última instancia, y en cuanto se indaga algo, puede apreciarse cómo el trabajo sólo redundaba en beneficio de unos cuantos privilegiados.

Por otra parte, está demostrado que una de las más importantes adquisiciones *humanas* del trabajador a raíz de la socialización de la producción es la conciencia de la función social de lo que está realizando. De tal modo, que aunque el trabajo en sí, técnicamente, pueda resultarle automático y absurdo, se "salva" del mismo y le confiere sentido, desde el momento en que sabe que *sirve para algo*. Y ese algo no es la cuenta corriente de los accionistas sino los superiores intereses de la comunidad.

Argentina fojas cero o un bogotazo para consumo de radicales

RICARDO GREGORIO PARERA

• De mediados de marzo a esta parte el tiempo histórico argentino se ha acelerado extraordinariamente. Ante la estupefacción de un pueblo instalado en la platea, mero espectador de la función, se han sucedido en el proscenio los cuadros de una comedia dramática que tiene por actores y responsables, de una parte el Gobierno desautorizado y desmoralizado de Frondizi, pero Gobierno constitucional al fin, y por la otra a las Fuerzas Armadas, erigidas en tutoras de la Nación desde 1955, y a la corte de políticos sin presente ni futuro que vegetan a su sombra.

Todo comenzó en vísperas de las elecciones de renovación parcial de la Cámara de Diputados y de gobernadores de la mayoría de las provincias. No obstante la ley que prohíbe la actividad del peronismo en todo el país, Frondizi quiso jugar una vez más a sus partidas maquiavélicas permitiendo la participación de aquella fuerza política en el acto eleccionario. Así fue como el peronismo, bajo distintas denominaciones, pudo presentar candidatos provinciales y nacionales en la mayoría de los distritos, salvo alguna proscripción parcial. Frondizi buscaba hacer una demostración de fuerza y alarde de poderío, convencido del éxito; provocar la polarización del electorado en torno al peronismo y el antiperonismo, posición ésta que una propaganda bien dirigida identificaría con su partido, con merma de los otros, y además aparecer tolerante con el peronismo, lo cual iba a favorecer la política de integración practicada por su partido en los órdenes provinciales.

Desde luego que las Fuerzas Armadas, ya muy escarmentadas con las sutilezas del Presidente, no vieron con buenos ojos esta nueva prueba. Y se formalizó la apuesta: Frondizi se comprometió a ganar la elección —sobre todo en la Provincia de Buenos Aires, la de mayor significación política— a cualquier precio; caso contrario las Fuerzas Armadas se reservaban obrar con libertad.

No olvidemos para comprender mejor los sucesos (aunque peor a los hombres) que Frondizi recibió el poder en 1958 en forma condicionada a la fiel observancia de los principios de la Revolución Libertadora, etc.

A pesar de que el Presidente y la UCRI desplegaron por todo el país una campaña abrumadora de un centenar de millones de pesos, hasta el extremo de que el propio titular del P. E. bajó a la arena política para hacer proselitismo al amparo de los privilegios oficiales, sin embargo los primeros resultados que se conocieron el 18 de marzo ya dieron la sensación inequívoca del triunfo casi general del peronismo en el país, con un 25 a 30% del electorado, en tanto que la UCRI obtenía el segundo puesto, engrosado su caudal por los votos espantados del "terror" peronista. Los demás partidos, inclusive la vanidosa UCRP, perdieron sensiblemente posiciones. Y la Democracia Cristiana, que también disminuyó su caudal, por virtud de la polarización y por el desconcierto provocado entre sus electores por una campaña de descrédito llevada a cabo por un grupo disidente de Buenos Aires, escaso en número, pero poderoso en recursos, ganó en cambio la primera provincia demócrata cristiana argentina: Jujuy, con el apoyo del peronismo y de sectores de la UCRP dispuestos a derrotar al Gobierno.

Al día siguiente no más, Frondizi, estando en receso el Parlamento, dicta el decreto de intervención de 5 provincias en las cuales triunfó el peronismo, con el alcance inusitado de que no sólo afecta la intervención a los poderes en ejercicio sino también a los futuros emanados de la elección del 18. El Presidente, habiendo perdido la apuesta, trata por este medio de aplacar las iras de las Fuerzas Armadas y permanecer en el Gobierno. Y no sólo eso, sino que al enviar a los Secretarios militares el decreto para que lo refrenden, procura envolverlos en la maniobra y hacerlos aparecer ante el pueblo como responsables de las intervenciones, elu-

diendo su propia culpa. Pero los Secretarios le devuelven el decreto sin firmarlo y Frondizi tiene que cargar solo con la responsabilidad, aun cuando en carta posterior desde Martín García, pretenda constituirse en víctima. De más está decir que ese decreto es nulo de toda nulidad y además de ello supone una bofetada aplicada a la voluntad popular, libremente expresada en los comicios.

El decreto de intervención quita al Presidente el último resabio de respaldo popular, si es que le quedaba, y la pérdida de las elecciones lo deja a merced de las Fuerzas Armadas, las que le exigen su renuncia. Entre el 18 y el 28 de marzo se suceden los forcejeos entre el Presidente, que a toda costa quiere permanecer en el poder, aun cuando de autoridad no tuviera un ápice, y los militares (mediación Aramburu inclusive) que a toda costa buscan su alejamiento. Es digno de destacar que, fuese porque las Fuerzas Armadas temiesen a la opinión pública internacional (de todos modos vinieron las condenaciones de Venezuela y Costa Rica), fuese porque realmente abriguen hoy escrúpulos legalistas, lo cierto es que esta aprehensión para dar un golpe de estado ostensible y esta preocupación por "guardar las formas" implica de alguna manera un adelanto en nuestras prácticas políticas.

Finalmente el 28, como Frondizi insistió "no renunciaré", "no me suicidaré", "no me iré del país", optaron por tomarlo cautivo y recluirlo en la isla de Martín García, de modo de provocar la acefalía del P. Ejecutivo y, siguiendo el orden de sucesión, a falta de Vicepresidente (Frondizi ya se había encargado de eliminarlo), entregar el mando al Presidente provisional del Senado José María Guido, correligionario del depuesto y que pocas horas antes de asumir el cargo había manifestado categóricamente que, como sólo podía haber legalidad con Frondizi, él no tomaría el Gobierno. Pero lo cierto es que Guido se sentó —o lo sentaron— en el sillón de Rivadavia.

De aquí en adelante, un torbellino de ideas acerca del plan político a cumplir "después del diluvio" derramado sobre nuestra doliente Argentina. Pero en los círculos castrenses y gubernativos, un punto de contacto: las

intervenciones deben mantenerse y el peronismo debe proscribirse de raíz. Lo demás, bizantinismo puro; si a esa cuarta parte de pueblo debía ejecutársela con guillotina o silla eléctrica. Y todos convencidos de que están haciendo el mejor servicio a la democracia. Ahora, con el enésimo Gabinete en 45 días, se trata en lo político de provocar la vuelta a la Unión Cívica Radical sin aditamentos, reunificación de la cual será artífice el Ministro del Interior Perkins, y prepararle las elecciones necesarias para entregarle el Gobierno en 1964. Nuestras videntes Fuerzas Armadas no vislumbran otra solución "democrática". De ahí: un bogotazo para consumo de radicales.

A todo esto la Democracia Cristiana, que de un tiempo a esta parte ascendió al primer plano de la consideración pública, desde los primeros instantes se ubicó del lado de la "legalidad legal", valga la redundancia. Primero sostuvo denodadamente el derecho del peronismo (hoy justicialismo) para participar de las elecciones, como cualquier otro partido dentro de las normas del Estatuto de Partidos Políticos, y después, conocida la victoria, el deber imperioso de respetar la voluntad popular, como único medio de salvar los últimos jirones de nuestra maltratada democracia y para no precipitarnos en cualquier extremismo. Además de esta actitud, el P.D.C., empeñado en una campaña de acercamiento a los sectores populares, se lanzó desde hace algunos meses al diálogo con los peronistas de raíz social-cristiana, sobre todo numerosos en el interior del país, y a los cuales considera como electorado natural, identificado con las postulaciones básicas: desarrollo nacional, justicia social, tercera posición internacional, equidistancia de los sectores liberales y marxistas, espiritualidad tradicional, y también un recóndito anhelo de paz y libertad, a despecho de los errores del pasado. El P.D.C. se presenta hoy ante ellos como la concreción de sus aspiraciones. De allí el amplio horizonte, pleno de posibilidades y también de riesgos, que se abre a la Democracia Cristiana Argentina. Dios la ilumine.

(Colaboración de la revista "Siglo Cero" para "Política y Espiritu").

Opciones de la democracia de mañana

JEAN-MARIE DOMENACH

La historia no es el juicio final, pero parece no obstante su lógica. El "gaullisme" es la sanción de la Cuarta República, de su impotencia camuflada de mentiras. Y la O.E.S. es la sanción del "gaullisme", de sus métodos, de su sistema de gobierno secreto y despreciable. ¡Qué degradación! La República, que tembló ante su ejército, tiembla ahora ante una asociación de gangsters. Los partidos políticos dejaron al pueblo hastiado de política; sobre eso la Quinta República proclamó que era preciso "despolitizar lo esencial de la nación" y que las grandes acciones dependían sólo del gran hombre. Como consecuencia, la política pasó a ser este duelo sórdido de apaches y agentes secretos. Si el pueblo sale a la calle a exteriorizar lo que siente, se lo hace entrar en vereda a garratrazos.

• DE UNA CONSPIRACION DE TERRORISTAS

La O.E.S. no constituye un episodio aislado sino que es el último producto de la descomposición de la democracia francesa. En sí misma, casi nada: un puñado de asesinos a sueldo, de anónimos, apoyados por determinados bandos de la extrema derecha. La República los hubiera reducido a polvo en los tiempos en que era la República. Nuestro "Estado fuerte" no llega a nada porque se ha desvinculado de las fuerzas vivas de la población francesa, porque ha erigido en doctrina la práctica de la Cuarta República. Vivimos las consecuencias extremas de renegar de la democracia.

La lección, pues, es clara: si se desliga al pueblo de la política —y cuesta bien poco, sobre todo en un período de aguda coyuntura económica— pronto queda entregado a oscuros poderes, y llega el momento en que una gran nación se pregunta si no está en manos de una gran conspiración terrorista.

En tal situación, los partidos políticos tradicionales sirven poco. Ya nos entregaron

una vez, ¿por qué no lo harían por segunda vez? Ni el Partido Socialista, ni el M.R.P. han roto con aquellos de sus elementos favorables a la O.E.S. No será, por cierto, bajo su bandera que se movilizarán los ciudadanos dispuestos a morir para defender las libertades. Ni siquiera han realizado sus trabajos durante el lapso que les concedió el "gaullisme", de modo que nos encontramos ahora sin alternativa: sin la menor idea, el menor programa que no sea éste que tenemos hoy día. Sólo el infatigable Mendes-France... Pero, salvo en el caso de una crisis extrema, no se divisa su advenimiento próximo.

• TEMIBLE AUSENCIA

Esta torpeza de los partidos ha forzado a los sindicatos a asumir una responsabilidad política. Quiérase o no, es un hecho. Pero esta función no es la suya, y sería peligroso confiar a los sindicatos la tarea de constituir una oposición y de restablecer en este país el juego democrático. No han recibido esta misión, no están equipados para ello.

Del mismo modo, no habría que contar demasiado con aquellos grupos cívicos, círculos de estudios, comités de defensa y clubes diversos que se multiplican en el país. Su papel es formar conciencia, acercarse a los hombres, acostumarlos a conocer y discutir los problemas de la ciudadanía. También ellos son inducidos a suplir los partidos políticos en una época de crisis. Los conozco bien: mantienen en este país un espíritu de servicio público y esa práctica de la democracia que los partidos han sustituido por el compadrazgo y la burocracia. Responden a una necesidad esencial: salvar la política, es decir, la necesidad de un debate, de un progreso y más que nada la preocupación por los grandes problemas de la ciudadanía. Pero, menos aún que los sindicatos, nada tienen que hacer en política, no están equipados para ejercer el poder, ni siquiera para constituir una oposición estructurada.

Volvemos así a esa peligrosa ausencia en

(Continúa en la página 41)

Traducido por María de la Luz García Huidobro, de "Sindicalisme".

La preparación del congreso de profesionales demócratas cristianos

El sábado, 11 de mayo, se celebró en el Hotel Crillón un almuerzo destinado a preparar el Congreso de Profesionales demócratas cristianos, fijado para este año. Asistieron a dicho almuerzo, alrededor de 800 profesionales santiaguinos y, durante su transcurso, se pronunciaron discursos de importancia.

Damos aquí los pasajes principales de las intervenciones cumplidas por el Presidente del Partido, Renán Fuentealba, el Presidente de la Comisión Organizadora, Enrique Evans y el doctor Enrique Laval:

Renán Fuentealba: La situación política y la tarea de los profesionales

Si en nuestra Junta Nacional comprobamos que en los tres años que van corridos desde que asumí este Gobierno, nada se ha hecho verdaderamente trascendental, nosotros podemos decir que en los últimos meses siguientes a esa Junta Nacional, las cosas no han cambiado y que por el contrario, vemos acentuarse los mismos males.

La indecisión para abordar los problemas básicos, sigue siendo nota sobresaliente de este Gobierno. Las grandes reformas estructurales, tan anunciadas, aún no llegan y dudamos que a estas alturas, prácticamente en las postrimerías de un Gobierno, cuando es evidente que en 1964 otras fuerzas renovadoras asumirán el Poder, dudamos que sea conveniente comenzar con apariencias de reformas que quieren marginarse de la discusión democrática amplia, por lo que lejos de facilitar la labor de un régimen futuro, sólo contribuirán a perturbarla.

El Gobierno no hace ni quiere hacer uso, tal vez porque no puede, de las herramientas que la Constitución y las leyes vigentes con todas sus imperfecciones, le otorgan para dar solución rápida a los problemas de los trabajadores. Especialmente, muestra debilidad, condescendencia y excesiva tolerancia para con los malos empresarios o patrones. La tan anunciada "firmeza" de la última campaña presidencial, ha pasado a ser un mito y sólo

lo hemos visto, en lugar de "firmeza", tozudez, arrebatos nerviosos y mal carácter. Se obra con lentitud y hasta con indiferencia frente a los grandes y pequeños problemas. Ya no sólo somos nosotros los que formulamos estas críticas a una pasividad que está agotando hasta a los más obsecuentes partidarios del régimen. Basta leer El Mercurio de las últimas semanas y los acuerdos del Partido Conservador, en reciente reunión.

Hemos presenciado los conflictos de más larga duración y estamos cansados de la tramitación burocrática que se da a las peticiones de los asalariados, como si se tratara de solicitudes u oficios de rutina. Este es el Gobierno que ha impuesto las "marchas y las huelgas del hambre", como nuevo medio que han encontrado los trabajadores para llamar la atención de las esferas oficiales sobre sus gravísimos problemas. Sólo después de estas huelgas, de estos paros y de reiteradas sesiones especiales del Congreso, al cabo de 50, 90 ó 150 días de producido un conflicto social, el Gobierno comienza a inquietarse por buscar una solución. Es la política del "dejar hacer" y "dejar pasar". Y cito ejemplos, que están hoy día en estos momentos en la carpeta del Ministerio de Hacienda. Ahí están los casos de: Corral Quemado, Cerro Imán y tantos otros conflictos. Ahí está la actual situación producida por la renun-

cia colectiva de los médicos, cuyas peticiones fueron sometidas, como lo señalara el Dr. Laval, al Presidente de la República hace más de ocho meses, para evitar precisamente que se llegara al extremo presente. Ahora, resulta muy fácil al Gobierno, y no creo que sea una actitud muy digna, lanzar a la opinión pública en contra de un movimiento de por sí antipático, no querido por los afectados, como sucede también con los movimientos de los maestros.

Por eso, nuestra posición no ha variado y ante la actividad política de los últimos dos meses que consiste en las reiteradas tentativas para conglomerar a las fuerzas democráticas en un frente de "defensa contra el comunismo" o un "frente antimarxista", en las cuales se pretende incluir a la Democracia Cristiana, tenemos que repetir, una vez más, que rechazamos la posibilidad de integrar tales frentes, que en nuestra opinión son un simple intento de conservar un orden que repudiamos.

Rechazamos también la proposición hecha por una colectividad política de Gobierno, para hacer una reforma electoral que permita agrupar a todos los candidatos presidenciales de los llamados partidos democráticos, en una sola y misma lista, en contraposición a otra lista que sería integrada por las fuerzas que se considerarían antidemocráticas.

¿Cuál sería el denominador común de este agrupamiento de las fuerzas democráticas en una sola lista? Nada más que éste: el Anti-Comunismo. ¿Y nuestra voluntad de cambios? ¿Dónde quedaría nuestra voluntad de ruptura y sustitución del orden económico social existente? Se confundirían en una misma lista, partidos políticos cuya característica es el ser "mantenedores" del orden actual, con colectividades como la nuestra, cuya nota esencial es de rompimiento con ese orden, para llegar a ser los "sostenedores" de un orden futuro caracterizado por la participación preponderante del pueblo en el Poder y en la Riqueza.

Para nosotros, el crecimiento del Comunismo o de las ideas de tipo totalitario, aparece en proporción directa con el mantenimiento de la estructura tradicional y, en cambio, va disminuyendo donde las fuerzas democráticas de renovación social como la nuestra, reciben la adhesión del pueblo.

No es una simple coalición electoral, arma suficiente para vencer el Comunismo. La verdadera solución es la creación de un orden social con nuevas estructuras que integren a los chilenos bajo otro cuadro moral, social y político.

Creemos que la Democracia reaccionaria

es pro-comunista, no es Democracia, y que ella prepara los caminos para el triunfo del Estado Totalitario. Estamos convencidos que el anticomunismo en países como el nuestro, con un sistema en plena crisis, se convierte siempre en una persecución general contra el pueblo y sus organizaciones, como fue la triste experiencia que vivimos bajo el imperio de la Ley de Defensa de la Democracia.

Los chilenos están cansados de la componenda, el pacto y la transacción que limitan y obstruyen. Los demócratas cristianos, tenemos el deber de presentarnos con una cara inconfundible, con un programa que nos defina exactamente y que estamos elaborando en la forma más acelerada.

Por eso, es que esperamos de todos nuestros militantes el esfuerzo mayor de todo el transcurso de nuestra vida política, para hacer realidad nuestros planteamientos desde el próximo Gobierno.

La victoria depende del esfuerzo de cada uno. Está trabajando intensamente la juventud, la que estudia y debe laborar para poder costear sus estudios y ganarse la vida. Una muestra más del esfuerzo que ellos realizan, ya se ha hablado aquí, es la reciente victoria obtenida por los estudiantes secundarios de Liceos Fiscales. Las mujeres, los trabajadores y los técnicos, realizan esfuerzos cotidianos que se traducen en diarias victorias para nuestra causa.

Queremos incorporar a estas tareas, de un modo más eficaz y constante, a los profesionales del PDC. Para ello, el Consejo Nacional, acogiendo las sugerencias que le fueron hechas, ha resuelto realizar el Primer Congreso Nacional de Profesionales, Técnicos y Empresarios de la Democracia Cristiana, en una fecha próxima. Mucho esperamos del esfuerzo de ellos. Esperamos de los profesionales en primer lugar, que se organicen en forma nacional; en segundo lugar, que respondan en el sitio de su trabajo, cada uno, a la esperanza que el Partido cifró en ellos, cuando eran jóvenes universitarios. Hemos conquistado la Universidad; tenemos derecho a conquistar con la colaboración de Uds., la calle y la voluntad mayoritaria del Pueblo de Chile.

Esperamos de los profesionales que sean dentro del Partido los promotores de la formación doctrinaria, de la capacitación doctrinaria de nuestros camaradas de la Democracia Cristiana, especialmente en las Provincias; esperamos que participen más, en una forma mejor todavía, en la vida activa de su Partido, de su ciudad, de su zona o de la región, constituyéndose en los más entusiastas colaboradores del progreso y desta-

cándose cada uno en su profesión como los mejores; esperamos el aporte, el esfuerzo de los profesionales para elaborar la plataforma presidencial del Partido. Esta debe ser una de las tareas principales del Primer Congreso Nacional. Somos un Partido con una filosofía y una concepción integral de la vida humana, pero somos también, como aquí se decía, y lo decía Enrique Evans, un Partido dinámico, un Partido moderno, capaz de adecuarse a las necesidades y exigencias de cada período, o nos anquilosaremos. El Plan Frei de la campaña anterior, fue una completa exposición de nuestro pensamiento, pero debe ser modificado y puesto a tono con las urgencias del momento. El mundo marcha aceleradamente y el pensamiento cristiano que nos inspira, con dos mil años de existencia, es permanentemente joven y re-

novador; es un grito que se prolonga a través de los siglos y que ahora como antaño, es un grito de rebelión que clama justicia para todos y especialmente para los pobres.

Y permítanme Uds. que termine mis palabras, recordando aquí a un hombre nuestro, profesional, que se fue hace pocos días, y que nos dio un ejemplo de lo que podía el esfuerzo de un hombre, el entusiasmo de un hombre, cuando sabe "lo que quiere" y "como lo puede hacer"; permítanme que recuerde esta tarde a Carlos Dittborn, cuyo ejemplo nosotros debemos imitar, porque los demócratas cristianos sabemos lo que queremos y hacia donde vamos y sólo nos falta ponernos desde ahora, con más fe y más sacrificio que nunca, a la tarea de conquistar el Poder en 1964, para realizar en Chile un nuevo orden más justo y más humano.

Enrique Evans: La contribución de los profesionales

El Consejo Nacional de nuestro Partido ha estimado oportuno y necesario, en este año 1962, convocar a un Congreso Nacional, amplio, de militantes y simpatizantes, en que los profesionales, los técnicos y los empresarios de la Democracia Cristiana tengan oportunidad de estudiar sus problemas específicos de vinculación partidaria y los planteamientos concretos que constituirán el aporte de estos sectores, en la elaboración y difusión de la Plataforma Presidencial de nuestra colectividad política.

Ha tenido presente la Directiva Nacional un hecho de importancia y de repercusión en la vida política chilena: el antecedente indiscutible de que la Democracia Cristiana ha logrado atraer, aglutinar, un sector ampliamente mayoritario de los profesionales y los técnicos de todas las actividades nacionales que han buscado en esta entidad política, el cauce ideológico más adecuado, más realista, de mayor significado y profundidad para plantear sus inquietudes y sus aspiraciones ciudadanas. Pero, un Partido Político como el nuestro no puede conformarse con una adhesión que se expresa tan sólo en una solicitud de ingreso y en aportes esporádicos o accidentales. La Democracia Cristiana no es una colectividad estática, un partido comparso en el cuadro político nacional. La Democracia Cristiana tiene voluntad de futuro, conciencia de rectoría nacional, intención de Poder Político. Y esta voluntad, esta conciencia, esta intención, sólo pueden adquirir dimensiones realizadoras en la medida en

que todos los sectores del Partido sin excepciones, se integren en forma permanente, orgánica, disciplinada y responsable, en las múltiples actividades que una colectividad como la nuestra debe desarrollar para llegar al Poder y para entregar, desde el Poder, el conjunto de realizaciones que Chile necesita, con la urgencia dramática que nos exige esta hora de la Historia. Aquí estamos, señor Presidente, los profesionales, los técnicos, los hombres de empresa de la Democracia Cristiana, iniciando nuestra integración orgánica en esta gran tarea partidaria, en esta gran tarea nacional.

—□—

Dice Eduardo Frei, al prologar un libro reciente, que en América Latina, el Comunismo, se presenta ante las grandes masas, e incluso ante ciertos sectores universitarios y de juventud, más como una técnica del desarrollo económico para los países subdesarrollados, en los cuales la amenaza a la libertad no siempre resulta un argumento convincente, que como una fórmula dialéctica.

Esta realidad impone a los Demócratas Cristianos la responsabilidad que implica contestar un desafío. Tenemos nosotros las fórmulas adecuadas, los fundamentos ideológicos necesarios, los estudios completos y los hombres capacitados, que requiere el proceso de desarrollo económico y social en América Latina. Pero tenemos, además, la incomparable ventaja, que debemos destacar y di-

fundir hasta que se comprenda su enorme trascendencia, de que nuestras fórmulas queramos realizarlas dentro de la libertad, en sociedades ausentes de temor, en que no haya lugar a la amargura y al deseo de revancha, en que pueda extraerse de cada hombre y de cada mujer lo mejor de sí mismo, en una labor de contenido popular y de dimensiones nacionales. Esta es nuestra ventaja ética, nuestro tremendo, y si queremos, poderoso ariete de convicción colectiva, y en ello radica la superioridad moral de nuestra posición.

Disponga, señor Presidente, disponga la Democracia Cristiana de estos cuadros profesionales y técnicos del Partido. Comprometemos hoy nuestra responsabilidad ciudadada-

na, comprometemos hoy la verdad y la intensidad de nuestra adhesión partidaria en las tareas que debemos enfrentar. Que nuestro trabajo y nuestro aporte, expresados en el Congreso que vamos a realizar, sirva a la Directiva Nacional para la utilización que las circunstancias políticas aconsejen. Nuestro papel no es directivo, pero el Partido necesita de nuestra presencia, de nuestro esfuerzo, de nuestro tesón y de nuestro sacrificio. Que nuestra gran satisfacción, compañeros de la Democracia Cristiana, sea el sentirnos presentes, el sabernos solidarios, en el proceso de instauración de un régimen político nuevo, de un orden económico-social diferente, estructurados sobre la justicia, creados con audacia y garantizados por la libertad.

Enrique Laval: El profesional ante la realidad social

El sistema económico social estuvo, durante siglos, triturando al individuo: por eso se recurrió a la intervención del Estado para amparar a los débiles y establecer sobre un plano más justo, sus relaciones con las clases productoras. Pero la intervención del Estado que aspira a la protección del hombre, puede ser desfigurada. Ahí están los totalitarismos soviético, franquista o cubano, como una antítesis, porque son un modo de sojuzgamiento de la persona, porque se transforman en el grande y máximo recurso para aniquilarla, para reducirla a una cifra inerte.

Nuestro partido es un intérprete de las clases desheredadas, un intérprete orientador y realizador y en esta tarea lo sostiene el pensamiento central de la filosofía cristiana: la dignificación del hombre. La empresa de destruir los privilegios, de evitar su pernicioso labor, de redistribuir con justicia y con paz la riqueza, de ponerla en circulación, son elementos básicos para lograr la salud y son también la esencia de la democracia cristiana.

Yo no creo en los caminos de la violencia, porque la violencia siempre es injusta y sólo males puede producir. Creo en los caminos del derecho y de la verdad y que estos ideales encierran fuerza dinámica que nada podrá detener. Y dentro del derecho, los médicos han dicho su verdad.

Todos saben que hace ya largos años renunciaron al ejercicio libre de la profesión. La medicina en su avance, que no es una evolución sino una revolución, requiere cada día de equipos materiales excesivamente cos-

tosos, ya para formular un diagnóstico, ya para instaurar un tratamiento. Para que la masa pudiera acceder a ellos fue necesario cubrir el riesgo de enfermedad y de invalidez, creando la previsión social, capaz de proporcionar los recursos materiales y humanos para lograr una medicina que pudiera colocarse al alcance de todos los habitantes del país. De aquí nació la funcionarización médica que agrupa al 90% de los profesionales del país.

Los médicos, en virtud de la mente de un hombre privilegiado, el doctor don Alejandro del Río, se han dado a la tarea de procurar una medicina integral, que al mismo tiempo cubra la recuperación, el fomento y la protección de la salud. Por eso son funcionarios que viven de un salario.

En el inquieto y confuso 1961, los médicos, víctimas también de los desajustes económicos que crean la ansiedad y la desesperación, con palabras no sólo comedidas, sino casi humildes, pero con una obstinación heroica, hicieron presente al Ejecutivo en octubre, que no podían, sin comer, atender la salud de los chilenos, porque el desequilibrio entre la cuantía de sus remuneraciones y las exigencias para sobrevivir en un nivel de vida que no ofenda y aniquile su modesta dignidad, se hacía cada día más intolerable.

Se ha dicho que esta petición ha provocado un conflicto entre el cuerpo médico y el Gobierno; no creo en estas dificultades con ningún Gobierno; sólo creo que hay un conflicto entre el cuerpo médico y el desgobierno.

Durante varios meses su petición no lo-

gró romper lo habitual y lo acostumbrado en los Ministerios. Nada que quiebre el ritmo de la costumbre; nada que perturbe la acompasada y parsimoniosa influencia de la rutina. En espera angustiada y humillante, los médicos sólo han logrado hasta ahora aumentar el amargo sedimento de su gratitud hacia los agiotistas y la acidulada dosis de amabilidad con la impaciencia de los acreedores amenazantes.

La tradición ha mantenido una cruel identificación entre los médicos y la penuria económica, como si las autoridades se propusieran enseñar al pueblo que el medio más adecuado para mantener la salud es el hambre.

Pero el desgobierno tiene otros perfiles: cuando se creó el Servicio Nacional de Salud el cuerpo médico, que una vez más decapitó sus posibilidades económicas, exigió que el Servicio estuviera debidamente financiado para proporcionar las prestaciones legales, que poseyera autonomía y que viviera al margen de la politiquería.

Nunca tuvo debido financiamiento, porque durante el Gobierno del señor Ibáñez no se le otorgaron los recursos señalados en la ley: con posterioridad tampoco. Pero en aquel se dispuso de armas legales para defender la autonomía e impedir que la institución se convirtiese en el botín de los vencedores de la contienda electoral. Hoy el Servicio ha perdido su autonomía y lo que es más grave, disposiciones del Ejecutivo han permitido su politización y su consecutiva desorganización a extremos tales que yo —que me encuentro al borde del medio siglo de servicios a la institución— puedo decir sin temor alguno de ser desmentido, que jamás en la historia de los organismos que integran el Servicio Nacional de Salud se conocieron días más amargos, más angustiosos. Rota la tradición de limpieza moral en estos tres últimos años, por obra de la politiquería, por la vanidad, la insensatez y la codicia, nuestro tesoro espiritual fue dispersado por el viento que trajina con su dolor, con sus sueños, con su romanticismo y con su alma.

Miembros del Consejo en representación del Ejecutivo y altísimos personeros de éste, sé que comparten mi modo de pensar.

El Ejecutivo no ignora ninguna de estas circunstancias: las contempla, porque la politiquería ata sus manos, sella sus labios. La entereza moral se encuentra agrietada por las conveniencias del momento.

Ha sido necesario que lleguemos a este periodo de nuestra historia para que una deplorable crisis se haya apoderado de las instituciones, para que se haya entrado a de-

rruir ciertos valores de la personalidad, a aflojar peligrosamente los resortes de la recta conciencia. El abandono de los principios morales, de la ética política, el desconocimiento o menosprecio de ciertos valores síllares en los pueblos es razón de esta caudalosa crisis que nos angustia, perdida la fe y desconcertada ante el asedio de todos los pecados, entre los cuales la ambición y el odio ocupan posición principalísima. Los actos humanos son admisibles cuando tienen inequívoco fundamento moral.

La tarea de reconstrucción material y espiritual del país y de sus instituciones es difícil y larga, ya que no será empeño fácil restaurar todo lo que se perdió al soplo de pasiones desatadas deliberadamente con el fin preconcebido de alcanzar determinados objetivos de estrecha significación egoísta. Todo es trágico; la fuga del pasado y los ojos cerrados ante el porvenir que parece brindarnos sólo el eco de la catástrofe.

Pero la historia, que es maestra insustituible, nos enseña que en cada crisis, subsiste siempre lo mejor de la época: por ello perduraremos nosotros, porque tenemos una buena nueva que comunicarle a nuestro pueblo y somos capaces de transformarla en realidad.

Su canción casi silenciosa ayer, será sueño de la vida que llegue a todos los oídos y se escuchará eterna.

Y aquí estamos los médicos, los dentistas, los farmacéuticos, las enfermeras, las asistentes sociales, las matronas, los dietistas, las técnicas laborantes demócratas cristianas a las órdenes de las autoridades del Partido, para organizar como una fuerza poderosa, para estudiar la planificación de la salud y nuestros propios problemas profesionales, no con criterio imaginativo, sino frente al realismo, con sentido práctico, pero con capacidad de pensar en grande.

Seremos fieles a nuestra doctrina y en ese terreno no cederemos jamás. No abdicaremos como Partido de lo que no es un derecho sino una obligación imprescriptible: aspirar al poder. No puede haber entre nosotros quien piensa que debemos tener una concepción humilde o una actitud resignada ante aquello que nos pertenece.

Frente a los partidos derechistas, radical, liberal y conservador, que angustiados ante el hipotético triunfar de un candidato marxista en la próxima lucha presidencial quieren unirnos a su carro para asegurar la continuidad de sus privilegios y la supervivencia de una política que murió y que hiede,

podemos decirles que no debe ser ese temor e, imitando a San Agustín, advertirles: Temed vosotros que el Partido Demócrata Cristiano pase y no vuelva otra vez. Pero, no; no pasará.

De la resolución inquebrantable de disciplinada sujeción a las autoridades del Partido, de nuestro amor entrañable a la causa, de nuestro empeño sin desmayos, sin atonías, para dar lo mejor de cada uno de nos-

otros, sólo quiero subrayarlos con cariño con una frase que los labriegos del valle del Ariège, de la tierra de mis antepasados en el sur de Francia, la dicen en momentos de sus grandes decisiones, porque en ellos como en nosotros, arde la sangre, impera el gesto viril, porque hay en sus actos algo de sangre desbordada, atrevida y febril: les maitres ont tiré le vin, il faut le boire. Los dueños de casa han sacado el vino, ¡hay que tomarlo!

OPCIONES DE LA DEMOCRACIA DE MAÑANA (continuación de la pág. 35)

una democracia: la de los partidos políticos. Mientras no recobren vida, la democracia está condenada a mantenerse a la defensiva.

Por lo tanto, volverán a tener peso solamente si se renuevan. Aquí es donde los sindicatos y los grupos cívicos de que hablaba, pueden desempeñar su papel. Han formado hombres, fijado métodos, precisado objetivos. Su convergencia es evidente. No sería difícil estipular las normas de una reforma democrática e invitar a los partidos a hacerlas suyas, ¿Por qué no hablar de "Etats Généraux" de la democracia francesa, que mostraran amplio acuerdo para una democracia personalista y socialista, y que obligaran a los líderes políticos a pronunciarse sobre un programa de rectificación?

Por su lado, los partidos, bajo pena de seguir al radical-socialismo en su decadencia, recurrirían a nuevos métodos y a hombres nuevos, capaces de dirigirse a la opinión pública en el lenguaje de sus problemas, de sus esfuerzos, de sus esperanzas. Hablemos claro: si la única opción de un gobierno de izquierda está en la coalición de Guy Mollet, Pflimlin y Gaillard, el pueblo francés preferirá seguir durmiendo al amparo de alguna protección. No se llamó al General Gamelin para dirigir los ejércitos de la Liberación.

● RECURSOS HUMANOS EXCEPCIONALES

Puedo atestiguarlo porque conozco democracias más estables, que Francia posee recursos humanos excepcionales; pero no se utilizan en política por culpa de un sistema de partidos inerte y ahora moribundo. Estos hombres y mujeres, ¿no tendrán más salida que las manifestaciones callejeras o, el día de mañana, las barricadas y la metralla?

No contemos con lo que Mauriac llama "el electro shock de la O.E.S." para resucitar a la izquierda y salvar la democracia. Intelectuales y trabajadores, sindicalizados o miembros de esos comités que se esfuerzan por mantener un honor y una conciencia, hemos tenido que recoger esta responsabilidad política que habían dejado resbalar de entre sus débiles manos aquellos jefes de partidos, tarea que les incumbía a ellos, sin embargo, como deber primordial. Hemos planteado algunos fundamentos. Y tenemos derecho a decirles a los partidos que no los dejaremos de lado; pero que estamos dispuestos a ayudarlos a condición de que se decidan ellos mismos a salir de su rutina, a llegar a ser lo que deben: instrumentos de alerta y de participación. Que no busquen más escapatorias: después de recurrir al Salvador, no queda más que recurrir a las armas si no se resucita a tiempo la democracia.

A la redacción de "Política y Espiritu" han llegado dos comunicaciones: una, de Julio Silva Solar, que formula alcances a un comentario de la sección "Este Mundo de Hoy" del número anterior, sobre la idea de persona humana; la otra, de Jorge Cash, en que vuelve sobre la discusión en torno a Cuba y la política de bloques.

Insertamos en este número la primera de ellas. Como se trata de problemas susceptibles de dar lugar a trabajos mucho más extensos, hemos creído necesario cerrar este debate con una nota final que aclarará, nos parece, el sentido de nuestros comentarios. Los protagonistas tienen la oportunidad de ensayar el tema con la hondura suficiente en otra oportunidad y, de todos modos, el tono de sus futuros trabajos dirá hasta donde llegó el provecho de este intercambio.

La comunicación de Jorge Cash no alcanzó a ser incluida en este número y será considerada para su publicación en el próximo.

LA REDACCION

La idea de persona humana y la lucha de clases

En esta sección, en el N° 270 de esta revista, aparece una crítica de Leo a un artículo nuestro. Dicho artículo trataba de mostrar algunas de las falacias que se esconden tras la defensa de los llamados derechos de la personalidad humana, literatura política muy en boga actualmente en los círculos del pensamiento derechista.

Leo destaca el valor metafísico de la persona humana y cómo este concepto alcanza a todos los hombres. Ello es muy cierto y ya señalábamos en nuestro artículo que el sentido más profundo del movimiento social es la lucha del pueblo por llegar a ser persona. En cualquier reivindicación de la masa obrera, por más mínima que sea, va implícita su demanda de ser tratada como persona y no como cosa. Sobre esta metafísica, pues, no hay cuestión.

Pero una cosa es la verdad metafísica y otra es la verdad social. La metafísica no es más que un juego de abalorio si no está conectada a la realidad concreta, si se la desvincula del estado social, de la vida efectiva de la persona, en este caso. Y la realidad terrestre, en nuestros días, es que la masa

humana, unida al trabajo material, es tratada como cosa y no como persona, es identificada a la materia a la cual aplica su trabajo. La masa está adscrita a lo material. Los valores del espíritu, de la cultura, de la distinción, se cotizan, socialmente hablando, en quienes están por sobre la masa: en los privilegiados.

Por eso cuando Leo dice que en la idea de persona humana debemos ver la realidad espiritual del hombre, tendrá que convenir, si conecta su juicio con los hechos sociales, que esa realidad espiritual, así como toda alta espiritualidad, toda alta intelectualidad, y aún toda alta religiosidad, tiene, por ahora, un cierto domicilio social que no es precisamente el de las clases bajas. ¡Si hasta en la religiosidad de los pobres se acostumbra ver demasiada "superstición" por los verdaderos religiosos, que miran desde arriba! La materia está abajo, el espíritu está arriba. ¿Cómo no advierte Leo, con su enorme perspicacia, que hay un abajo y un arriba en la sociedad, en estrecha correspondencia con lo anterior?

Por otra parte, la noción y la existencia misma de la persona humana están per-

vertidas por el individualismo. Los llamados derechos de la persona humana están infiltrados de individualismo. Para mostrar la mala distribución de la renta nacional se señaló, en un foro de la Escuela de Economía, que el senador Julio Durán ganaba 9 millones de pesos por asistir cada quince días al directorio de una sociedad anónima. Alguien contestó que había que felicitarse de un sistema social en que un hombre de humilde origen pudiera llegar a tan alta situación. He aquí un ejemplo típico. En la sociedad burguesa lo que importa es la redención individual. No era nadie pero llegó a ser una gran personalidad. Desde la masa ignorada subió a las alturas. La masa sigue igual, pero él se redimió, ascendió hasta el nivel de la "personalidad humana". Se hizo toda una personalidad. Ahora estará dispuesto a todo, por mantener el orden dentro del cual es un privilegiado, que le permite ser una personalidad por sobre el océano de la masa. Eso le hace sentirse superior.

Las personalidades superiores ya eran muy conocidas en los tiempos evangélicos. También eran los sostenedores del orden, de la dignidad eminente de las personalidades, de los tribunales, de la ley, de la propiedad,

y de las formalidades. Era el rico, el escriba, el doctor de la ley, el guardador del Templo y del oro, el saduceo, el fariseo, el príncipe; en una palabra, el privilegiado, que estaba por encima de la masa despreciada de los pobres, azuzando con su sola presencia, igual que hoy, todo el egoísmo, el arribismo, y la concupiscencia de que es capaz el alma humana.

La persona, pues, es mucho más que un ente metafísico. Tiene una existencia real en la sociedad y quienes acumulan en su favor los derechos de la persona humana en nuestra sociedad clasista, son las personas que tienen más bienes, más privilegios, o sea más derechos. De ahí que lo simplista no es, como cree Leo, llamar la atención sobre los equívocos de esta defensa abstracta de los derechos de la persona humana, sino justamente lo contrario. Lo simplista es repetir una y otra vez el vulgar estribillo reaccionario acerca de estos derechos, sin detenerse a examinar qué es lo que en verdad se está defendiendo con eso. Es lo que suele ocurrirle a nuestro Leo. Su bondadosa metafísica se pone así al servicio de la peor hipocresía de-rechista.

J. SILVA S.

Puntualización final

No hemos reprochado a Julio Silva su crítica a los sectores que ligan los conceptos de la filosofía cristiana, con intereses reaccionarios. Tampoco hemos negado la existencia de un cierto "domicilio social" de las ideas. No podríamos hacerlo. Toda una ciencia se ocupa de relacionar el conocimiento con los hechos sociales: la Sociología del Conocimiento. Pero, le hemos reprochado, sí, —y lo haremos cuantas veces sea necesario—, su tendencia a tratar esta clase de problemas dentro de un esquema empirista vulgar que, en el fondo, sigue las aguas de las peores versiones del materialismo histórico.

En efecto, tales versiones —muy de moda en periódicos de "extrema izquierda" o en literatura filosofante de orientación soviética— formulan un juicio caricaturesco sobre los conceptos de la filosofía cristiana. El esquema repetido es el siguiente:

Dichas nociones no pueden ser esgrimidas "por ahora" y "sin más". Hacerlo es defender los intereses reaccionarios. La idea de persona humana, por ejemplo, no debe ser expuesta "sin más", o sea, en doctrina. Tal

doctrina, en un mundo de desigualdad social, hace que el concepto sea aplicado a los hombres tal como viven en la realidad. Y como allí hay explotadores y explotados, el término importa dar categoría de persona a unos y otros. O sea, sólo sirve para declarar acorde con la "alta filosofía", el orden establecido.

La conclusión de lo anterior es que toda doctrina, como tal, es reaccionaria. Y por tanto, ese valor de persona sólo se convierte en algo eficaz, humano, concreto, cuando se encarna en la lucha social. Es decir, cuando un grupo de revolucionarios quiebra el orden social. Tal grupo, como encarnación de los valores de la persona (dicho esto en lenguaje cristiano), es por tanto una realidad absoluta. No depende en ninguna forma de la idea abstracta de persona. Por el contrario, la idea de persona adquiere un significado sólo cuando dicho grupo cumple su tarea. En consecuencia, la regla para interpretar la historia no va a ser una ética (teoría y práctica enlazadas) a la cual deben sujetarse los hombres para ser humanos, sino que, al re-

vés todo valor ético y toda significación humana surgirían de la misma conducta política de esos hombres tocados por la mano infalible de la Historia.

Esta es la filosofía secreta, a nuestro juicio, que lleva al incondicionalismo ante los Gobiernos tiránicos y la clave del totalitarismo de izquierda o derecha.

Para poder desplegar ese vulgar materialismo histórico, los expositores suponen siempre que la metafísica es un conocimiento vacío, a priori, y desconectado de la realidad. Y para fascinar a lectores desprevenidos, se abusa de las palabras entre comillas: "espiritualidad", "interioridad", "profundidad", "sí mismo", etc., todo ello destinado a mostrar que tales palabras no son más que repliegues hipócritas de la conciencia burguesa. El tono desdeñoso se hace también infaltable y surgen esas referencias a los "llamados" derechos de la persona, al "ente metafísico", a la "pomposa dignidad", etc.

La conclusión a que se quiere llevar al lector es una sola: todos los conceptos que responden al análisis filosófico tradicional son una pura defensa de las clases reaccionarias. Hay que dejarlos de mano. Ellos son usados por quienes adhieren a un pensamiento político derechista. La obligación del militante consiste en utilizar los vocablos que no están viciados por esa ambigüedad. Por tanto, la filosofía cristiana no es ni podrá ser una doctrina de liberación social. En cambio, el marxismo, teoría antimetafísica, volcada hacia la praxis, desenmascaradora de alucinaciones e hipocresías sociales, pasa a ser la única teoría valedera.

El artículo de Julio Silva, a que nos referimos en nuestro comentario, no hacía otra cosa que ofrecer a los lectores de "Última Hora" ese mismo cuadro y, por tanto, encaminaba el ánimo de ellos hacia esas mismas conclusiones. Por eso nos permitimos intervenir. Nos parece inverosímil que nuestros militantes trabajen en la línea teórica del relativismo histórico vulgar y de hecho sugieran, en un diario socialista, que la filosofía cristiana encubre los intereses de la burguesía. Un estudioso de la filosofía, la sociología, la economía o la historia, debe ser más cuidadoso. Puede señalar las condiciones sociales y aun políticas en que surgen las ideas; pero no le está permitido tratar el te-

ma exactamente como lo haría el discípulo más literalmente atendido al estilo literario de la mediocridad circulante en los ambientes de inspiración marxista.

No señalaremos aquí el nexo que nos parece adecuado entre las ideas y la realidad ya que se trata sólo de poner a la luz el error indicado. En cambio, deseamos suministrar una prueba indirecta de lo dicho. Silva, preocupado de las falacias que se esconden tras la noción de derechos humanos, no ha puesto al descubierto las que se hallan en el fondo de las teorías que relativizan los mismos derechos. Así, por ejemplo, su artículo está inspirado en un poema de Neruda. Este habla del pueblo, del obrero, de la multitud anónima, del hombre simple, de aquel cuyo fallecimiento no se anuncia por los diarios. ¡Silva reacciona emocionado! Neruda, dice nuestro camarada, "pone en sus verdaderos términos el caso secular de la persona humana": ¡Neruda! ¡El hombre de los cantos a Stalin, el defensor de la masacre de Budapest, el dócil servidor de la vileza y podredumbre encerradas en la política staliniana! ¡Neruda inspiró el artículo en que se declara que los "llamados" derechos humanos son literatura de moda en los círculos del pensamiento derechista! ¡Para él no se hizo la teoría de la alienación!

Nosotros creemos, con Maritain o Mounier, que el concepto de persona humana es la base de una doctrina auténticamente revolucionaria. Afirmamos que ella posee un dinamismo formidable y que sin una filosofía de la persona, no se puede justificar ni la sociedad comunitaria, ni la igualdad, ni los derechos, ni el progreso, ni siquiera el socialismo. Esa noción es metafísica y, por eso mismo, eminentemente práctica. Porque los "entes metafísicos" son el ser mismo en el nivel a que alcanza el pensamiento en sus análisis más profundos y de ellos hay que partir para fundar toda la vida real del hombre. La crítica de los sectores reaccionarios no consiste en hacer una mala caricatura de la buena filosofía, sino, por el contrario, ayudándose con ésta, en venir al mundo de la política y transformar la sociedad. Lo demás es elegir un camino que nos lleva a colocarnos como dóciles servidores de una metafísica ignorante de sí misma y cuyos frutos inhumanos son bien conocidos.

LEO

Uruguay necesita urgentemente la renovación de hombres, ideas y métodos

(Extractos de una interesante entrevista hecha en "El Ciudadano", de Montevideo, al Presidente del Partido Demócrata Cristiano uruguayo, señor Juan Vicente Chiarino, a raíz de la fusión entre la Unión Cívica y otros grupos de tendencias demócratas cristianas de ese país).

● EL DILEMA POLITICO ACTUAL

—¿Qué función específica le atribuye al Partido Demócrata Cristiano dentro de la política del país?

—El Partido Demócrata Cristiano tiene por delante un amplio y fecundo programa que desarrollar. La hora es singularmente propicia para ello, porque con la base de las estructuras de la Unión Cívica y con los contingentes de ciudadanos caracterizados que provienen de distintos orígenes políticos, pero que han resuelto adherir sin retaceos al ideario demócrata cristiano, estamos forjando una nueva fuerza política de singular envergadura. Pero lo es, además, porque con el fracaso de los viejos partidos tradicionales está claro que en nuestro país se delinean perfectamente las fuerzas políticas que van a promover una verdadera lucha ideológica, que —por lo demás— es lo único que va teniendo sentido en el mundo entero.

Tarde o temprano —acaso más temprano de lo que algunos se figuran— la opción será ineludible: o marxismo, que lleva al leninismo, o democracia cristiana. No hay otra alternativa posible en los días que corren. Y que corren muy de prisa.

● EL AGOTAMIENTO DE LOS PARTIDOS

—¿Cree que los partidos históricos se han renovado en hombres y en ideas en la medida necesaria para poder seguir interpretando la realidad del país?

—Basta vivir en nuestro suelo para poder contestar con un no bien sonoro. Y aquí

ya no se trata de rivalidades de juicios temerarios, sino que alcanza con recurrir a lo que nos enseñan los hechos. En cuanto a hombres, ya ve Ud. lo que nos ofrecen por una "unidad" colorada que nadie vislumbra, aunque algunas entrevistas resulten ser preñadas. Y en cuanto a ideas, debemos también juzgarlos por la obra realizada: a unos y a otros. Nadie tiene derecho a olvidar lo que dejó el régimen imperante hasta 1958; y cuantos vivían en el país, saben bien que la victoria del tradicional adversario se debió entonces más que nada, al ímpetu de grandes sectores por "cambiar" radicalmente, no deseando a ningún precio repetir sensibles experiencias anteriores.

¡Pero vino el cambio! Y, resulta que hoy alcanza con leer las páginas de los diarios de tendencia gubernista, o escuchar los juicios de legisladores que no son los dos notoriamente alejados del Partido Nacional, para percibir la profunda crítica a la obra gubernativa que se ha llevado a cabo. Cada grupo, además, quiere deslindar su responsabilidad, y le echa la culpa al vecino, como si no fuere su propio correligionario.

● UNA REALIDAD SIN ENCARAR

—¿Qué lo preocupa más de la realidad actual del país?

—Hay una realidad política que me preocupa, y es la falta de adecuación de los grandes partidos a los requerimientos urgentes de la hora. Parecería que no se ve,

que no se palpa una realidad que está en la calle y en todas partes. Y parecería que existe cierta frivolidad para encararla, sin percibir por lo visto, todo lo que tiene de entrañable y de honda esa realidad palpitante.

Existe a la vez una realidad económica, que es el eterno problema de nuestra producción, al cual, pese a todos los "slogans", aún no se le ha puesto remedio. Y mientras el país no produzca en la necesaria proporción, seguiremos debatiéndonos en las dificultades sin salidas. Pero agregue a eso una mala política financiera del gobierno que nos ha llevado a la inquietante realidad actual. Y es asombroso que haya todavía quienes se empeñen en no querer mirar de frente a esa realidad.

Sume luego los problemas sociales. Hemos de iniciar un invierno duro para las clases menos provistas de recursos. Y aunque el año electoral es proclive a soluciones de emergencia, el fondo del asunto seguirá igual.

A este resguardo he de decir que hay aspectos de nuestros preocupantes problemas sociales que causan perplejidad, por no decirle indignación.

Recuérdese, por ejemplo, los años, las decenas de años que se viene denunciando el problema social de nuestro agro. ¿No se tiene memoria de lo que los grandes sectores políticos prometieron al respecto en las vísperas electorales, en los últimos 25 años? ¿Se conoce una preocupación verdadera —no ficticia o demagógica— que muestre al vivo, el auténtico interés de esas fuerzas políticas, para demostrar que la acción era coincidente con las propagandas? La verdad es que no se ha hecho absolutamente nada. Estamos como hace 50 años. En vano se seguirá plañiendo sobre la miseria de los rancheros y sobre la postración de sus pobladores. Palabras y palabras. Mejor dicho, engaño reiterado y sublevante. Todo esto, además, me parece jugar con fuego. Y no parece, precisamente, el momento adecuado para seguir haciendo literatura sobre estos tópicos, mientras el clamor desoído en la gran ciudad, sigue cobrando vigor en el fondo de nuestros campos.

● LA ACTIVIDAD SINDICAL

—¿Entiende necesario reglamentar la actividad sindical como otro medio de asegurar la estabilidad política?

—En primer lugar, quiero decir que soy orgánicamente contrario a los simplismos

con que muchas veces se encaran los grandes y profundos problemas del país. Hay quienes, el problema social que tenemos en medio de nuestra propia vida, quieren resolverlo por medio de una disposición de cuatro líneas, relativa a la actividad sindical. Inmenso error. Si ese malestar social existe, obedece a causas. Y lo primero que debemos encarar son las causas para evitar sus efectos. Lo contrario significa una equivocación imperdonable.

Quiero precisar, con la brevedad impuesta, mis convicciones sobre el punto.

Se trata de un tema singularmente difícil. La doctrina y la cátedra, muestran todas las dificultades que se ofrecen a una reglamentación de este tipo. El derecho natural del hombre a asociarse, la necesidad de que las organizaciones sindicales se ajusten a los principios institucionales que nos rigen, el ejercicio efectivo de la libertad sindical, la indispensable defensa del fuero de los dirigentes sindicales, la defensa del pluralismo sindical, que puede chocar a veces con el carácter representativo que pretende asumir el sindicato que tenga mayor envergadura, y diez aspectos más del problema debe ser considerados en una reglamentación.

En principio o en tesis, es evidente que no puede discutirse la reglamentación de una actividad que presupone el ejercicio de un derecho. Pero, agregue a todo lo anteriormente dicho en materia de dificultades, que existe en el país una tendencia según la cual la reglamentación tendría un sentido restrictivo. Esto que es absolutamente inaceptable y que categóricamente rechazo, me lleva a decirle que, en estos momentos considero que es un problema que no debe promover al país y que mi opinión sería contraria a una iniciativa que se presentara a tales efectos.

● UN NUEVO FRENTE DE LUCHA

—¿Vislumbra un gran porvenir al partido recientemente creado?

—Desde luego. Tengo la certeza. Sin exageraciones de ninguna índole le puedo afirmar que en todas partes encontramos un eco que, aunque esperado, es superior sin duda a lo que presumíamos. El país está maduro para apoyar en la próxima contienda electoral este nuevo frente de lucha comicial. No sólo en la capital, donde estamos recogiendo un fruto muy auspicioso aún antes de haber di-

rigido al país el manifiesto que saldrá en los días próximos y que explicará nuestra línea de conducta y nuestras aspiraciones. También en el interior, y en los más diversos departamentos, surgen con un entusiasmo realmente conmovedor, núcleos dispuestos a trabajar por el éxito de esta empresa, integrado por personas que llegan de sectores diversos, pero que consideran que la democra-

cia cristiana debe constituir en el país, la fuerza que oriente su política y ofrezca solución a los problemas que aún aguardan en vano la atención de quienes han sido o son dueños del poder.

Le aseguro que el resultado de nuestra labor, será para muchos una sorpresa. No para nosotros, que vemos claro cuál es nuestro auspicioso porvenir.

LOS LIBROS

"De Punta del Este a La Habana", por Raimond Scheyven, con prefacios de Fernand Van Langenhoven, Embajador de Bélgica en Francia, y Eduardo Frei Montalva, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1962.

Puede decirse que Raimond Scheyven estaba preparado para encarar los problemas de América Latina con el espíritu alerta, dinámico y desprejuiciado que se advierte en el presente libro. "Desde hace años, dice al comenzar su trabajo, me obsesionan los problemas que plantean los países subdesarrollados. ¿Cómo es posible vivir apaciblemente, en medio de nuestro confort occidental, cuando se ha tocado con la mano la pavorosa miseria que reina en regiones tan extensas del mundo?". No todos se conmueven.

Por eso viene a la III Conferencia Internacional Demócrata Cristiana de Santiago; echa allí una primera ojeada sobre nuestros políticos y nuestras cosas y su impresión es: "Todo... comunicaba la sensación de que este movimiento estaba en visperas de conquistar también a todo el continente americano". En seguida continúa su viaje. Va a la Argentina y habla con Frondizzi; permanece en la Conferencia de Punta del Este; visita el Brasil donde ve a Janio Quadros, llega hasta La Habana. El problema central es siempre el mismo: ¿Cómo se pueden enfrentar en Latinoamérica los problemas del subdesarrollo? ¿Cómo hacer para ligar una política de liberación a las formas democráticas? La urgencia de estas preguntas

son tales, que el señor Scheyven plantea de hecho una revisión de los puntos de vista europeos en torno a América. Se puede decir incluso, que busca forzar un poco las cosas con el fin de poner más en claro sus conclusiones. La idea de que no se puede permanecer dentro de los métodos tradicionales aparece en su obra con nitidez perfecta. Es como si él, europeo de pura cepa, sintiera envidia por la tarea posible que se ofrece en América. A veces, se deja llevar por la impaciencia. Por allí transcribe las palabras de algunos estudiantes: "Si Su Santidad afirma, tan categóricamente, que la retribución del trabajo no puede ser abandonada al juego automático de las leyes del mercado, ¿por qué no reconoce, con igual claridad, que las inversiones tampoco pueden decidirse en función de los intereses de los inversionistas exclusivamente?".

El libro del señor Scheyven es, en suma dentro de su agilidad y su carácter de reportaje, una excelente puntualización, hecha con el más profundo sentido democrático tradicional y un cabal sentido del cambio de estructuras.

Eduardo Frei subraya, en su prólogo, la dirección de las ideas del autor.

J. C.

De los premios municipales de literatura otorgados hace pocos días y correspondientes a las obras publicadas en el curso del año

1961, nos vamos a referir a los de los géneros de ensayo y poesía, que recayeron en Roque Esteban Scarpa por su libro "Thomas Mann, una personalidad en una obra" y en Jorge Teillier por su obra "El árbol de la memoria", respectivamente. Estos dos géneros literarios revisten características especiales en nuestro país. El ensayo —tan difícil de definir como de realizar— se da en proporción muy escasa en relación con otros aspectos de la creación literaria. No sólo es escaso en Chile, sino que en todo el ámbito latinoamericano. Probablemente, ello se debe a que este género exige una formación cultural muy seria y sistemática, a la par que una gran capacidad de síntesis, unida a la posesión de un estilo claro y elegante.

Todos los elementos señalados se conjugan en el libro del profesor Scarpa para hacer que constituya un logro extraordinario —sin que el adjetivo resulte exagerado— por el rigor estimativo de su trabajo, por la iluminación hermenéutica de los textos del genial escritor alemán, y la elegancia y claridad del estilo. En consecuencia, aquí sí que puede hablarse de un fallo de estricta justicia, que honra a un jurado que ha sabido discernir un galardón con un criterio verdaderamente axiológico, sin que factores espurios hayan influido en su decisión.

El premio de poesía, en cambio, nos parece altamente discutible. En primer término, porque Chile es un país de abundancia y valiosa creación poética, de suerte que el criterio para apreciar los méritos de las obras aparecidas en un año, debe ser de un rigor valorativo sin concesiones. En el curso de 1961 se publicaron, además del premiado, otros libros cuyos méritos, específicamente poéticos, son muy superiores a los que puede mostrar "El árbol de la memoria". Esta obra de Teillier se mueve en un clima similar al de sus dos libros anteriores: "Para ángeles y gorriones" y "El cielo cae con las hojas", que agradaron por su estructura fresca y espontánea de primeros frutos. Ahora, en una tercera obra que reitera la temática anterior, la celebrada sencillez se torna en simpleza. Tampoco el poeta, desde el punto de vista del lenguaje lírico, alcanza en la obra premiada una dimensión de mayor estatura.

Tenemos una impresión, que linda con la certidumbre, de que en este caso sí existieron algunos "factores imponderables" que influyeron en la decisión del jurado. No hay necesidad de entrar en detalles.

ARISTARCO

A PROPOSITO DE ESPAÑA

"La visión optimista que muchos de nosotros escuchamos sobre lo que sucede en España y que los hechos están desmitiendo, proviene de las versiones suministradas por los turistas y por los sectores reaccionarios. Proviene de los turistas, porque los proporcionan, sin darse cuenta de que se han aprovechado de la vida barata de que gozaron en España, a costa del dolor y de las lágrimas del pueblo español, que gana salarios de hambre. Y proviene también de los reaccionarios, que cuentan maravillas sobre España. . . España es el único lugar del mundo donde el orden corrompido del capitalismo es defendido por las bayonetas. Esos sectores siempre se sienten bien en la paz de los cementerios" (Hono. Dip. A. Gumucio, en el debate sobre las huelgas en España).

"Nosotros no queremos por ningún motivo que nadie pretenda, en nombre del pensamiento cristiano, y en cualquier parte del mundo, conculcar los derechos inalienables de la persona humana, aquellos que configuran su propia dignidad. La raíz misma de nuestro pensamiento nos revela la dignidad del ser humano, porque nosotros creemos en Dios y en la existencia de un alma hecha a imagen y semejanza de la Divinidad. Y esa alma no puede ser por ningún motivo conculcada y pisoteada por nadie; menos precisamente por aquellos que puedan decir, en un instante, que están representando el pensamiento cristiano" (El Hono. Dip. Ricardo Valenzuela, en el mismo debate).

**LIBROS DE ACTUALIDAD QUE SE PUEDEN ADQUIRIR
EN LA EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.**

AHUMADA 57

MEMORIAS

E 2,80

Fray Pedro Subercaseaux — Editorial Del Pacifico, S. A.

Fray Pedro cuenta su vida y, al mismo tiempo, el lector irá penetrando la vida de Chile expresada por un gran pintor, un amante de nuestro país, y un fundador del monasterio benedictino de la Santísima Trinidad de las Condes.

CATASTROFE EN EL PARAISO

Eº 2,50

Luis Hernández Parker — Editorial Del Pacifico, S. A.

La oportuna y certera visión periodística de la catástrofe del sur de 1960, que conmoviera a la opinión pública mundial, adquiere cada día mayor valor documental y cada chileno debiera tener esta obra en su biblioteca, para recuerdo y confrontación de hechos.

LOS TURCOS

Eº 2,40

Roberto Saráh — Editorial Del Pacifico, S. A.

Magistral novela de la inmigración sirio-palestina; un trozo de la vida nacional que emocionará a quienes llevan en sus venas sangre árabe y concentrará la atención de todo lector chileno o de cualquier país a donde hayan llegado estos inmigrantes. Una edición agotada en 25 días; segunda edición en prensa.

HIJOS DEL SOL

2,60

Morris West — Editorial Del Pacifico, S. A.

El autor del "Abogado del Diablo" nos habla sobre un tema que incumbe directamente a todo chileno: las poblaciones "callampa" que, con otro nombre, él encontró en el sur de Italia.

LA CONCENTRACION DEL PODER ECONOMICO

Eº 2,—

Ricardo Lagos — Editorial del Pacifico.

Este best-seller en su género mereció una elogiosa crítica de la revista *Time*, el favor del público políticamente consciente de Chile y el silencio de todos los círculos que reciben las potentes acusaciones de esta obra.

D A V I D

2,60

Duff Cooper — Editorial Del Pacifico, S. A.

De esta gran obra sobre el Rey dijo Alone: "Es el libro que más me gustaría ver traducido en nuestro idioma" refiriéndose al original inglés antes de que fuese publicado en nuestra lengua.

C L U B D E  L E C T O R E S

D E L P A C I F I C O

UNA ORGANIZACION AL SERVICIO DEL PUBLICO PARA
FACILITAR LA ADQUISICION DE LOS LIBROS QUE
PUBLICA LA EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.



Normas que Rigen este Club

- Cada mes, el Club distribuye automáticamente a sus colaboradores un libro, comunicándoles, treinta días antes de que éste aparezca y por intermedio de su Boletín Informativo, su título y características.
- Si el socio no desea recibir este libro, no tiene más que devolver al Club una tarjeta que se le ha enviado expresamente para ello junto con el Boletín Informativo.
- Los socios no están obligados a adquirir el libro distribuido cada mes. Si éste no les interesa, pueden ordenar que no se les envíe.
- Los socios reciben los libros con un 20% de descuento. Esta franquicia no sólo la tienen para el libro del mes, sino también para toda obra publicada por la Editorial Del Pacífico, S. A.
- Los socios reciben los libros en el lugar que indican, sin recargo alguno por su envío.
- Los socios deben pagar sus adquisiciones al recibir los libros solicitados.

I N G R E S E ,

AL CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Editorial Del Pacífico, S. A.

AHUMADA 57 - CASILLA 3547 - SANTIAGO